

María José Vioque
Rafael J. Pascual
Lola López Díaz
M^ª Josefa Martín
Rosa Trujillo Nieto
Jesús Rubio
Rosa S. Orozco
Santiago Sastre
Jesús Morata
Enrique Galindo
Andrés J. Ortega
J. Luís Calvo
José Blázquez
Carlos Gegúndez López
Joaquín Carballido Parra
María Antonia Ricas
Joaquín Copeiro
Jesús Pino
Paco Morata
Juan Carlos Pantoja Rivero
Mayte González-Mozos
Ilustraciones: Lola Díaz;
Anguel Yagüe, Pepe Morata
Portada: José Antonio G^ª Villarrubia

HERMES



Hermes XI, Toledo, 2011

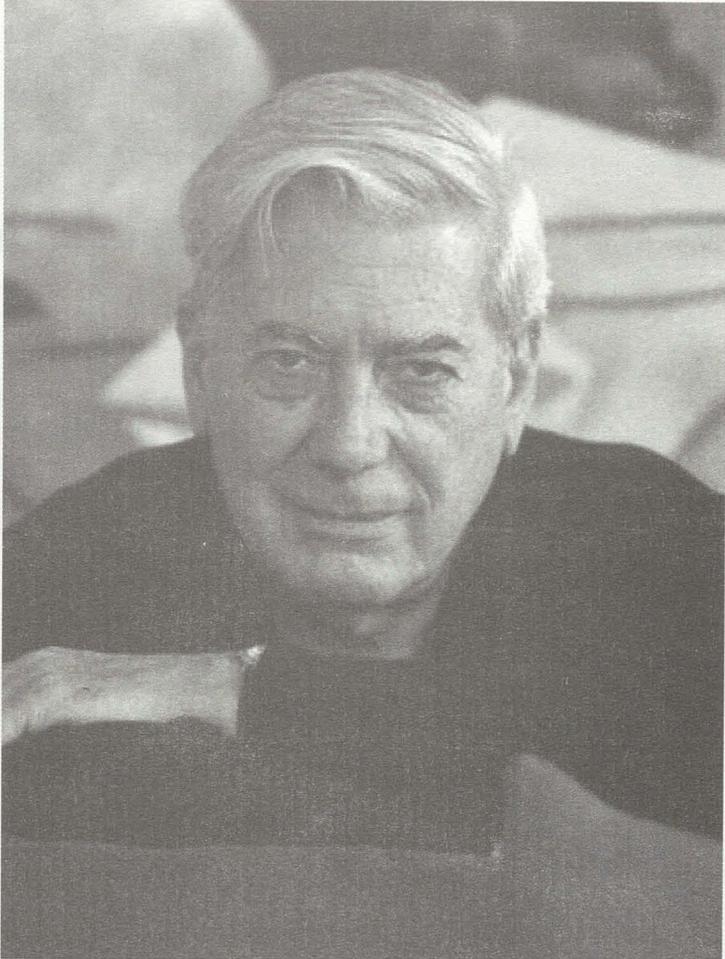
Revista Literaria Estacional
2ª Etapa

Dirigen y coordinan:
María Antonia Ricas y
Jesús Pino

Edita: Círculo de Arte

Depósito Legal: TO-654-1995
ISSN: 1135-4801

HERMES 11



**REVISTA LITERARIA
DEL CÍRCULO DE ARTE DE TOLEDO**

MARÍA JOSÉ VIOQUE

Esta ciudad se construye y destruye
en cada obra, como mi corazón
late mi casa llena de escombros
ordenados en hileras
la pared apuntalada,
la grúa toca el suelo alcanzando al sol
las tejas crujen con dulce canto,
son las nueve de la mañana
y el polvo deja escribir
te quiero en los cristales.



Olores en el trabajo

Te huelo al rozar
la puerta automática
cuando entro en la oficina.

Te beso
cada vez que abro
mi tubo de pasta de dientes
cuando como en la oficina.

Te siento cada vez
que abres y cierras
el armario, ese que nos separa
cuando estamos trabajando.

Decidí no oler,
no besar, no sentir,
olores en el trabajo que
transforman en neutro
al amor.



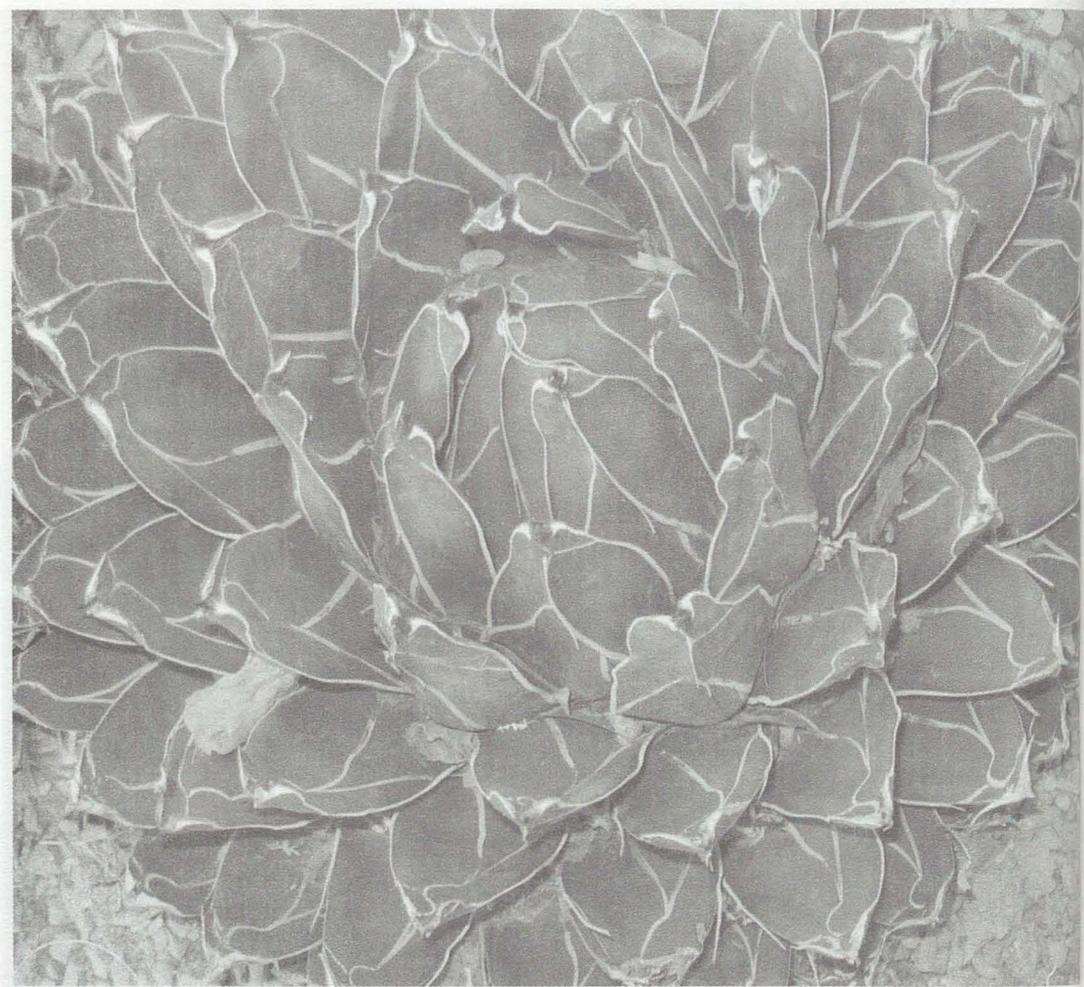
Lola@..

flor

No quiero deshojar esta flor
que el tiempo dejó secar,
donde cada pétalo
contiene un deseo,
quiero, no quiero, quiero.

Esta flor me llega de ti
cayó del cielo infinito
donde trepé y la arranqué.
me quiere, no me quiere,
le quiero.

Su olor sigue presente en mí
su belleza es eterna
la forma siempre estará en mí.



RAFAEL J. PASCUAL

*A Eugenia -/, >b- que me trajo
Rusia en sus ojos azules, siberianos*

Muchas cosas vienen dadas por las personas y algunas personas vienen dadas por las cosas. Hay cometidos que nunca llegarían a buen puerto de no ser por la inequívoca influencia que algunas de ellas ejercen sobre nosotros. Así fue para mí con Eugenia o -/, >b- -se me permitirá que use la forma corta de su nombre en ruso- y así debe seguir siendo, esté donde quiera Dios que esté.

Comencé a estudiar ruso llevado por el ánimo entusiasta de quien es joven, siente pasión por aprender cosas nuevas y no teme a empresas que luego se vuelven imposibles. Empecé de manera sencilla y atractiva, mediante un curso autodidacta que me permitía avanzar según mis ganas y mi disposición. Yo entonces tenía mucho interés, como he anticipado, y disponía del tiempo de que disfruta un estudiante que apenas si tiene

más preocupaciones que sacar sus estudios, es decir, mucho. He sido siempre trabajador, más que listo, así que las miles de horas que habré podido echar en esta hermosa lengua no puedo ni contarlas.

Con el método autodidacta estuve quizás dos años, y no puede decirse que lo haya abandonado nunca, pues siempre recurrí a su pedagógico sistema para solventar problemas o cambiar de aires de vez en cuando. No obstante, cuando comprendí que aquella lengua realmente me gustaba, y las dificultades para seguir avanzando invocaron la necesidad de buscar ayuda en algún sitio, volví mis ojos a la posibilidad de la enseñanza presencial. Y allí estaba el Instituto Pushkin en Madrid, una institución oficial de la madre Rusia en suelo español para fomentar la lengua de Chéjov y Pushkin, Tólstoi y Bunin. Pero esta historia no habla sobre el instituto en sí, sino sobre /, >b; ya lo he dicho, ¿no?

Me convenció el programa del centro, la posibilidad de hacer un curso intensivo de verano, y el deseo de que mi currículo profesional destacase por algún conocimiento idiomático original, más allá de la circunstancia de saber hablar y escribir la lengua de Shakespeare. También me convenció el hecho de apuntarme al curso básico de inicio, para el que contaría con ventaja dados mis conocimientos de autodidacta, y poder estar así, al principio, un poco más seguro de mis avances.

De modo que un año loco de mi vida me apunté al curso intensivo de primer nivel para la lengua rusa; un caluroso mes de julio de un año que he olvidado por la distancia que ya nos separa. El curso consistía en la aplicación diaria, de lunes a viernes, de unas tres o cuatro horas en el centro, dándole que te pego a la depuración de la caligrafía rusa, el juego lingüístico de las declinaciones, el desarrollo de las primeras destrezas comunicativas, y el desenvolvimiento en hipotéticas situaciones de la vida real con nativos.

Mi profesora era /, >b, una rusa guapísima y jovial, más amada madre que deseada amante por nuestra diferencia de edad, pero cuyo desparpajo y simpatía conmovían el corazón de un joven en aquel tiempo compartido, y la nostalgia de un hombre en este tiempo de recuerdo. Ya desde el primer día se mostró afable y conciliadora, dispuesta siempre a hacernos ver cuán fácil era la lengua rusa y qué poco miedo había que tenerle (años después, en un curso suficientemente adelantado, tuvo la honradez de confesar cuán difícil era realmente, mas cómo lo había disimulado para evitar cualquier caída en el desánimo. Pero nosotros lo sabíamos hacía mucho tiempo, y sólo le perdonamos esta bienintencionada mentira debido al gran cariño que le profesábamos).

Tenía los ojos chiquitos y hermosamente azules, del color que le imagino a las aguas del lago Baikal, a la

orilla de su ciudad natal siberiana de Irkuts. Aquella sonrisa no la dibujaban sólo sus labios, sino todos los músculos de su rostro. Cuando reía lo hacía con todo el cuerpo, y en sus manos pequeñas y elegantes, acompasando de gestos y mímica confiada sus risas y guiños, se leía el saber de todos los libros que había devorado. Como buena hispanista y mujer culta y preparada, como profesora de universidad, sabía de la lengua y la cultura españolas mucho más allá, y mejor, de lo que cualquiera de sus alumnos, absortos ante sus historias sobre Lope de Rueda y otras efemérides de la literatura española, podíamos saber, con gran vergüenza al menos para mí.

En aquel primer curso apenas compartí aula con dos o tres compañeros, pues no éramos muchos los locos decididos a hacer un curso intensivo de ruso en pleno mes de julio, cuando uno ya no puede con su alma tras un cansado año de estudio o de trabajo. Pero tanto me gustó el invento, y tan satisfactoria fue la experiencia, que matriculé el segundo nivel intensivo para ese mismo mes de agosto en idénticas condiciones. Aquel año, a lo que parece, yo no debía irme de vacaciones. Mi querida rusa, como es lógico, había de coger las suyas propias, así que el segundo curso lo estudié con otra magnífica profesora -Josefina- de nombre poco ruso (su padre era español) y ucraniana en verdad, que igualmente me procuró un curso delicioso y mucha conversación interesante durante aquel mes de agosto.

Al finalizar el verano, con los dos primeros niveles de lengua rusa superados, pensé seriamente en realizar un examen que el instituto ofrecía, así que una compañera y yo nos liamos la manta a la cabeza y durante varias semanas lo preparamos. Nos examinamos con éxito y obtuvimos un título reconocido por el Instituto con sede en Moscú.

Cuando se es joven se hacen muchas cosas que luego uno, con el paso de los años, no se ve capaz de repetir. No he sido nunca hombre de grandes locuras ni de intensas correrías que ahora no me vería capaz de revivir pero, en mi modesto obrar, el estudio intensivo de mis primeras aventuras en la lengua rusa fue toda una experiencia, porque durante dos meses consecutivos -más preparación del citado examen- obligué a mi intelecto a trabajar duro, apenas sin descanso, una vez acabado un curso universitario que en seguida se encadenaría con el siguiente y -aquí viene lo mejor- regresé a la lengua rusa para cursar el tercer nivel ese mismo año.

Confieso que durante una buena etapa de mi vida -en medio de la cual transcurría la historia que estoy narrando- me dio fuerte con Rusia y con lo ruso. No sólo estudiaba la lengua, sino que leía acerca de la cultura, la historia y la etnografía de aquel vasto país. Cuando más adelante engarcé este extraño amor por Rusia con el amor por todo lo bizantino -rescatado de entre mis estudios universitarios de Historia- y comprendí que

ambas realidades entroncaban con claridad por más de un sitio, sentí la misma satisfacción que cuando se enganchan dos piezas de un puzzle, para acabar formando la imagen completa del mismo.

Emborrachado de todo lo ruso como estaba, me lancé a la aventura del tercer nivel, esta vez en horario de tarde los martes y jueves. Mi profesora volvía a ser /, >b y me sentí feliz, pero ya no era lo mismo. En la clase había una enorme cantidad de personas que nada tenían que ver con la agradable presencia, casi familiar, de los cursos intensivos. Me di cuenta, además, de que no me encontraba cómodo en aquel grupo, en el que no podía integrarme quizás, entre otras cosas, porque mi nivel parecía estar por debajo de la media y me encontraba desconectado.

Entonces se me ocurrió pedir el traslado a otra franja horaria y otro día. El instituto tenía una oferta para estudiar los sábados -tres o cuatro horas- como fórmula para todos aquellos que no podían hacerlo entre semana. En esta tesitura me encontraría con /, >b de nuevo y con un grupo, más calmado y tranquilo, de nivel muy parejo al mío, con el que en seguida hice buenas migas. En poco tiempo me adapté y siguieron dos años de estudio felizmente compartidos con aquellos compañeros y aquella profesora.

Qué decir en general y en particular de tal perio-

do. Si los cursos intensivos habían sido amables y cómodos, los cursos anuales de aquellos dos años fueron algo más. Nuestra relación con /, > se tornó muy cálida, y me atrevería a decir que para una mayoría de nosotros se hizo necesariamente estrecha. Cuando digo estrecha quiero decir que yo esperaba la llegada del sábado para disfrutar aquellas clases, y creo que ella debía de esperarlo con igual deleite, pues formábamos, quizás, el grupo con el que más sinergias logró en aquel tiempo. Nunca he asistido al aprendizaje de una lengua -o de cualquier otra cosa- con tanto gusto y tanta satisfacción. Las mañanas de los sábados pasaban rápidas, entre ejercicios, lecturas, bromas y risas, correcciones, más bromas, más risas... Yo me sentaba a su lado, y disfrutaba aquella cercanía, sus gracias e intentos de que disfrutáramos del aprendizaje en la dimensión de toda la palabra. Quedábamos siempre fascinados oyéndole contar anécdotas e historias de la vieja y la nueva Rusia, de literatura -adoraba la literatura española- y de sus paseos y excursiones por nuestra geografía paladeando todo lo que aquí encontraba.

Con frecuencia se refería a España como un lugar querido en el que se sentía muy cómoda, aunque pudiese echar de menos su hogar en Rusia. Yo le dije más de una vez que ella era española ya, porque parecía llevarlo muy dentro y adoraba nuestra cultura. Pero siempre hacía un guiño y decía -quien sabe si con resignación o con nostalgia, nunca pude interpretarlo- que le espera-

ba su puesto de profesora en Irkuts. Ya no sé si alguna vez me atreví a preguntarle si realmente quería irse -los años han pasado y la mente fabula tan rápido como olvida- pero presumo que no tenía muchas ganas de hablar de esas cosas, y pasara lo que pasara por su cabeza, o su corazón, parecía cierto que estaba feliz en España. Era chispeante y bonachona, una gran contadora de historias a la que le gustaba mucho hablar, aunque contara con la gran virtud de la discreción y la sabiduría de ser siempre lo suficientemente reservada con su vida privada.

Pero el tiempo pasó -como pasa siempre- y aquellas amables mañanas compartidas llegaron a su fin. Al terminar el cuarto curso, y por segunda vez, nos fuimos a comer con ella. Comimos en un pequeño restaurante ruso en el centro de Madrid, riendo y celebrando que estábamos juntos y nos queríamos con honestidad por unas horas. La invitamos a comer y le hicimos nuestro regalo: un libro que todos firmamos bajo el nombre de algún animal -en ruso- con el que cariñosamente nos entregábamos a ella. Creo que estaba emocionada, en realidad, como lo estaba yo, y al salir del sitio, paseando todos por la calle en pequeños grupos o parejas, quedé algo atrás, con ella, y en un momento dado le tomé la mano, como si de una pareja se tratase y diéramos una vuelta juntos, llevados con todo amor y confianza, hasta que reuní valor y amarrando todas las palabras y estructuras que conocía, pedí auxilio a la lengua rusa para

decirle que le daba las gracias, porque yo continuaba estudiando aquella lengua endemoniadamente compleja y preciosa gracias a ella, y sólo por ella. Y si he dicho alguna vez algo con más honestidad y certeza de las que expresé al confesar estos pensamientos, debo ser realmente inútil o atolondrado para no recordarlo.

Sé que mis palabras la emocionaron mucho, pero no las dije por lucir un falso cumplido, ni por dar cumplimiento a algún pensado compromiso, sino porque considero preciso decir a la gente lo que se piensa de ella cuando los pensamientos elogian una actitud, un procedimiento o una entrega para la que esa persona se ha dado realmente a sí misma. /, >» me acercó Rusia en sus pequeños ojos azules, en sus palabras iguales a poemas como un servicio que quizás, a pesar de su sabiduría, ni siquiera llegó a intuir nunca: el de enseñar a amar con fuerza a otros lo que se ama desinteresadamente, con iguales ojos e iguales impresiones.

No supe más de ella. Aún la estoy viendo marchar por la Gran Vía, en sentido contrario al nuestro, alejándose de sus alumnos para siempre. Punto y final. Término de una bella historia. El año siguiente hice la matrícula para el último curso de ruso, pero todo salió mal. Mi profesora había cambiado y confieso que no acepté a la sustituta de buen grado. El nivel del grupo había repuntado de improviso, y en aquellas primeras sesiones no conseguí hacerme con el ritmo. Sin pensarlo mu-

cho anulé la matrícula y acabé mi relación con el centro y con mis compañeros. Quizás fueron varios motivos a la vez, y seguramente sonaba -con llaneza- la hora de aquel divorcio. /, >b había dejado el instituto, y como si fuéramos aliados o víctimas en esta misma coyuntura, ligados tal vez por un destino común que gusto imaginar, yo lo abandoné también.

Siempre me trató con cariño y respeto, alabando con absoluta maestría de enseñante cualquier pequeño avance por mi parte en el aprendizaje de su lengua. Más que profesores se precisan maestros así para la vida. A través de ella me ganó su Rusia -la de la cultura y la lengua, la del ancho mundo residente en la comprensión y la valoración de lo que hay más allá de nosotros- para siempre. Y por eso la recuerdo, sacándola de la prisión de unos pensamientos que se irán conmigo cuando yo me vaya. Le otorgo ahora este humilde homenaje, un sincero rincón de ese negro sobre blanco que dedico a ella y también -como no podría ser de otra forma- a Rusia, con amor.

LOLA LÓPEZ DÍAZ

Domus Aurea

María cogió la escalera y la llevó al dormitorio. La puso junto al armario y se subió con mucho cuidado. Le horrorizaba la idea de caerse y romperse una cadera. Desde que le habían dicho lo de la osteoporosis tenía terror. El ginecólogo había sido muy claro: ojo con los huesos, nada de tonterías ni de hacer machadas. Abrió las puertas del altillo, se puso de puntillas y, poco a poco, fue arrastrando la caja hasta el borde. Después, olvidándose de miedos y advertencias, la cogió a pulso y haciendo un jeribeque suicida la depositó encima de la cama. Una imprudencia monumental. Pero lo había conseguido. ¡Ahí estaba! Grandota y vieja. Cada año más descuajeringada la pobre. Acarició el cartón ulcerado y la cuerda deshilachada. Después la puso en el suelo y arrastrándola por el pasillo la llevó hasta el comedor. No se atrevió a subirla encima de la mesa. Aunque, evidentemente, era lo más práctico. Pero no. Pesos, no. Bastante se había arriesgado ya. ¡Menuda regañina le iba a echar José!

Se sentó en el suelo, se puso las gafas y, con mucho mimo, empezó a deshacer el nudo. Cuando por fin lo consiguió, retiró la tapa y se quedó contemplando el amasijo de bultos envueltos en papel de periódico. Después, los palpó un poco, cogió uno, lo abrió y apareció un pastorcillo. Manco. Luego otro. Cojo. Y luego otro. Y otro. Y los soldados romanos. Tullidos la mayoría. Y la mujer con el haz de leña. Y la de la cesta de fruta. Y los patos. Y las ovejas. Algunas descabezadas. Y el carpintero. Y la hoguera. Y la cerda con los cerditos. Y la estrella. Ni una punta sana. Y el castillo de Herodes. Y la mula. Y la lavandera. Y el puente. Y el portal. Y el ángel. Sin alas. Y el buey. Y los pajes. Hechos una pena. Y los reyes. Para el arrastre. Y el pesebre. Y la Virgen. Milagrosamente intacta. Y San José. Y el Niño. Con los deditos rotos. Y la bolsa con piedrecitas...

Lo fue colocando todo en una mesa baja. Recogió los papeles, los metió en la caja y se puso a preparar el cubreradiador en el que todos los años montaba el Nacimiento. Todos los años. Desde que nacieron sus hijos. Seguidísimos los dos. Once meses se llevaban. Parecían Zipi y Zape. ¡Y cómo disfrutaban con el Belén! ¡Cómo jugaban con él! Así estaba como estaba. Su especialidad era vaciarlo y repartir las figuras por toda la casa. Los pastorcillos podían aparecer en la fresquera, los romanos en el fuerte con los indios, la lavandera en el cuarto de baño, los reyes hacían periplos interminables por el pasillo... Ella ponía las figuritas en su sitio y vuel-

ta a empezar. “Mamá, el Niño Jesús quiere dormir hoy conmigo”, “mamá, San José se ha marchado”, “mamá, los vaqueros se han llevado el buey”, “mamá, se han perdido los cerditos”... Era un trasiego constante.

Ahora, sin embargo... Se le hizo un nudo en la garganta. Ahora lo quitaba igual que lo ponía. Intacto. Todas las cosas en su sitio. Sus nietos ni lo miraban apenas. Y sus hijos... ¿Por qué se le llenaban los ojos de lágrimas? Estaba tonta. Tonta perdida. ¡Cómo iban a jugar sus hijos, que eran dos hombres hechos y derechos, con las figuritas del Belén! Respiró hondo y se fue a la cocina por papel de plata para hacer el río. Eran muy buenos sus hijos. Raro era el día que no la llamaban. Sobre todo el mayor. Puso la lavandera y los patitos en el río. Colocó el puente. Pero tenían sus obligaciones. No conseguía que ningún pastor se mantuviera en el puente. Se caían todos. Tenían sus familias. Y su trabajo. No podían estar yendo a verla cada lunes y cada martes. Lo intentó con la de la fruta y con la de la leña. Sin éxito. Si es que estaban todos rotos y, claro, no se sujetaban. No tenía más remedio que dejar el puente vacío. Sintió una opresión en el pecho y otra vez las lágrimas. Pero no. No. No quería llorar. Se concentró en el castillo de Herodes. A ver cómo se las arreglaba con los soldados. Estaban para que los licenciaran, los pobres. Y ella no iba a sus casas. Jamás. No quería molestar. Ni que le pusieran mala cara. Por nada del mundo. A no ser que se lo pidieran, claro. Entonces sí que iba. Encantada. Iba a aprovechar

la hoguera para tumbar a todos los cojos alrededor. Más que un Belén, aquello parecía un campamento de refugiados de la Cruz Roja.

¿Por qué lo ponía?

Lo ponía.

Lo ponía y basta.

Su madre también lo ponía. Lo puso siempre. Con el espumillón y las bolas de colores. Hasta que se quedó viuda. A partir de ese momento nunca más hubo Navidad en aquella casa. Pero para entonces ya había ella tomado el relevo. En la decoración y en la cocina. Todo el trabajo. En el fondo le encantaba. Aunque el palizón era regular y los años no pasaban en balde. Pero le compensaba por ver a la familia reunida. Mejor dicho, por ver a sus hijos. Sus hijos, su marido y ella. Los cuatro. Ésa era la familia. A sus nietos los quería mucho, a pesar de que estaban fatal educados, y a sus nueras... Sólo pedía a Dios que sus hijos no las vieran como las veía ella. ¡Suerte que el amor era ciego, que si no...!

Pero la Navidad era terreno suyo, porque por mucho árbol y mucha decoración carísima que pusieran en sus casas, a sus hijos lo que de verdad les gustaba era el Nacimiento. Su Nacimiento. El que ponía ella. Su madre. Se reían mucho de él y hacían muchas bromas a su

costa, pero ella veía cómo lo miraban cuando creían que nadie se daba cuenta. Y sabía muy bien lo que pensaban, los recuerdos que les traía. Que les traía a los cuatro. A su marido también. Por eso. Por eso lo ponía. Y lo seguiría poniendo. Que le estaba quedando de maravilla. Se las había apañado para colocar el ángel de modo que casi no se le notaban las alas rotas. Y había conseguido camuflar a los pobres pajes. Y que los reyes cabalgaran con cierta dignidad. Lo de la estrella era más difícil. Y los dedos del Niño Jesús, imposible. Aunque ahuecando un poco la pajita del pesebre..

M^a. JOSEFA MARTÍN

amanecer a la eternidad

Eres un sueño hecho realidad,
nunca lo hubiera podido creer,
no logro alcanzar a comprender,
esta pasión que me recorre y quema,
esta triste alegría hechicera,
que me invade de felicidad.

No hacen falta no,
palabras engalanadas,
ni regalos de esmeraldas,
sólo anhelo la primavera
de tu mirada,
para poder al viento gritar:
eres amanecer a la eternidad,
etérea aurora boreal.
Mi sueño.

No creí poderme así enamorar,
no sabría decir qué ocurrió,
sólo que por allí un ángel pasó
y, por la eternidad nos unió,
a pesar, que nunca fuiste mi tipo,
y que nunca jamás soñé contigo,
para decir verdad, me caías mal.

No hacen falta no,
palabras engalanadas,
ni regalos de esmeraldas,
.....

Mira de esta vida la buena broma,
que al unírnos hasta me parece ingeniosa,
y lo mismo me llega a enfurecer
como al instante me hace enternecer,
cuando mi alma como una mariposa,
sólo alza el vuelo hacia ti.

No hacen falta no,
palabras engalanadas,
ni regalos de esmeraldas,
.....

ACTUALIDAD

Caos endrótico en los despertares grises,
corona de velos opacos escritos en sangres distintas,
caídas en los despertares arbóreos de la urbe
llanto desconsolado que no encuentra consuelo en endrinas
matronas, pedestales de hielo esculpido
en llanto, lamento y sangre,
.....

Civilización??????

Hermanidad??????

.....
kkk, la civilización se ciega, en las arenas
revueltas del cosmopolita universo azul rojizo ensueño.
No hay respiración de H₂O. Ha sido consumido en la quema,
de las neuronas que aún quedaban vivas. Lamento, risa,
sin mentes no hay crítica. Todo es válido, la escena
se cubre de valientes dientes de zombis.

Las hojas no necesitan de cadenas
para sostenerse del árbol fuerte. Sólo sabia culta
que sepa escuchar y, comprender a la madre tierra en su quehacer,
sin imposiciones, sin ordenes, sin lágrimas, sin superioridad, en
hermandad, todas a una y una para todas. Despertaré algún
amanecer y veré rosa a la aurora boreal, no más negro. No volveré
la vista, no seré débil a mi palabra, no, no volveré a esconder
mi conciencia. No más frío hermano. No más urbes grises sin
mentes. Zombis.

Cultura fanática destructora destruida destruyente ¡culpable!

Caos ordenado en desorden inverso al miedo.

Velos sedosos que al aire que sopla caen,
al vacío del sin saber a donde irán. Espejo
engañoso de libertad amordazada en la triste urbe ,
cristal opaco de sueños rosas, de amaneceres sin voz.

Honor???

M^a. Josefa Martín

Una voz que suene, que nos transporte a la salida del resplandor,
concluyente de liberación pueril. Que nada perturbe
mi sueño. Que nadie se atreva a:
«mentir».

Cultura???

Humanidad????

El Odio.
Desterrado del nuevo orden
De civilización en hermandad, honorable
humanidad que rinde culto a la verdad en libertad sin más.
Utopía en la polis universal de locos gélidos sin igual.
Todo sigue, nada para, cambia, se transforma, cae,
se pierde, esperanza del irreal que grita, no
puede callar, aunque le quieran callar.

la cacería

En el otoño del olvidado invierno
de mi ruinoso ciudad con dos murallas,
se levantan desde el fondo del infierno,
las viejas ratas que pasean calladas,
sigilosas, por las calles de mi ciudad.

Se esconden entre las sombras silenciadas
del vetusto moho de la vieja puta,
de puntillas, intentan cazar las hadas,
con gentil sonrisa, pícara y, astuta,
mostrando el espejismo de un dulce oasis.

Más nunca, la monstruosidad del deseo
mórbido de la esclavitud de las hadas:
las viejas ratas buscan el camafeo,
salen con la luna nueva y, encontrada
la valiosa pieza, no la ven, se ciegan.

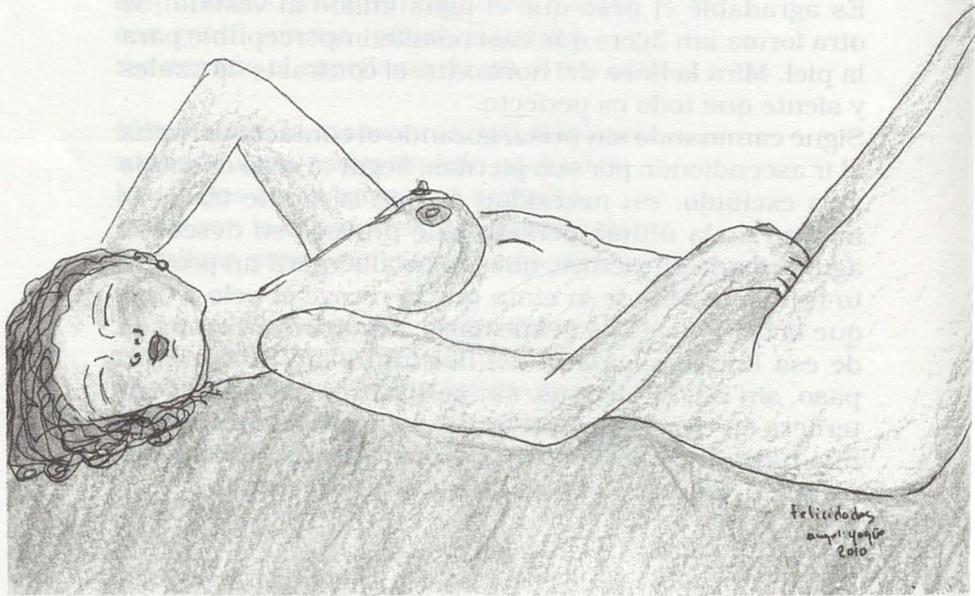
Luna nueva del otoño, hojas secas,
viento árido, la cacería comienza,
y, ya se van admitiendo las apuestas,
gavilán / paloma todos sin conciencia,
todos están cegados por la ambición.

ROSA TRUJILLO NIETO

final del camino

Comienza a caminar hasta que sus pies sienten la tibieza del mediterráneo en verano. El agua acaricia suavemente la arena, y al hacerlo, besa sus pies descalzos y moja el borde del vestido, que se adhiere a los tobillos. Es agradable el peso que el agua añade al vestido, de otra forma tan ligero que casi resulta imperceptible para la piel. Mira la línea del horizonte, el contraste de azules y siente que todo es perfecto.

Sigue caminando sin prisa, gozando el contacto del agua al ir ascendiendo por sus piernas, llegar al sexo desnudo y ya excitado, sin necesidad de que la mente traiga la imagen de la última persona que provocó su deseo. El agua inunda su vientre, que jamás albergará un proyecto humano. Tira de la cinta que le recoge el pelo y deja que la brisa juegue a despeinarla. Sin apartar la mirada de esa línea imaginaria del horizonte, sin aminorar el paso, sin cerrar los ojos, sin permitir que el pasado interfiera en el hermoso presente que experimenta, continúa hasta ese infinito azul que presiente finito. Solo tiene que dejarse ir y encontrará el final del camino.



JESÚS RUBIO

frío

El día que nació hacía frío. Mucho, mucho frío. Se podría decir que no es el mejor día para nacer. Que nacer un día así es un mal augurio. Un negro, o al menos, un gris presagio. Y es verdad: desde que nació, el frío ha sido mi leal compañero.

4 de febrero de 2010

ciencia

Hay quien no tiene nada que dar. Y hay quien no espera recibir nada. Si acaso ambos cruzan sus miradas, sus voces, sus caminos, sus vidas en definitiva, entonces, pero sólo entonces, ocurre uno de esos raros fenómenos cósmicos que un científico, en otro planeta, estudiará miles de años después.

5 de febrero de 2010

el asesino en la azotea

Se sentía poderoso allá arriba, en la azotea, con aquel rifle automático con mira telescópica. Invencible. Invulnerable. Omnipotente. Por eso, y diga lo que diga la autopsia, no fue el disparo del francotirador de la policía lo que acabó con su vida, sino un repentino y fulminante ataque de perplejidad.

6 de febrero de 2010

continuando a monterroso (con perdón)

«Cuando despertó, el dinosaurio todavía estaba allí». Y como había tiempo, decidió seguir durmiendo. «Un poquito más, sólo un poquito más», se dijo. Pasaron las horas y pasaron los días. La siesta seguía y seguía. Pasaron los años. Y jamás, desde que el mundo es mundo, hubo extinción más placentera.

7 de febrero de 2010

un cuento con moraleja dietética

Érase una vez un gigante que tenía un niño muy glotón. Un día, su padre, le contó que las nubes eran, en realidad, algodón dulce. El niño glotón se relamió y, cuando su padre no miraba, se las comió todas. El niño glotón, ahora ya adulto, es diabético tipo 2.

25 abril de 2010

la chapa

Examinó aquella chapa con detenimiento. Era de Martini, más pequeña que las otras. La estudió de forma concienzuda, como el joyero estudia una piedra preciosa. Ni estaba doblada ni raspada. El camarero que había abierto la botella era todo un artista. Perico sonrió: sería un magnífico delantero para su equipo.

5 de noviembre de 2010

el debate

Aquel verano el debate giró en torno a si la Masa era más fuerte que Spiderman. «Spiderman es un hombre con la fuerza proporcional de una araña». «La Masa es más fuerte cuanto más se enfurece». Y de repente: «Pues la Cosa es de piedra». Siempre alguien lo jode todo.

5 de noviembre de 2010

ROSA S. OROZCO.

I

Cerraba los ojos
para que no la viera llorar
y él pasaba entre sus lágrimas
sin mojarse

Cerraba la boca
para que no le hablase
y él resbalaba por el silencio
hasta su cuarto

Se tapaba los oídos
para que no le escuchase
y él nadaba contra sus quejidos
hasta ponerse a salvo

II

Le daban miedo
los ruidos de las puertas
 a deshora
Le daba vértigo
el vacío que encontraban
 sus palabras
Y se quedó callada

III

Llegó
como un puñal el miedo
 de repente
 y se clavó en la vida

IV

El vértigo llegó
como un relámpago
 un instante después
 de saltar al vacío

V

A deshora
golpearon las ventanas abiertas

VI

Al acostarnos me enredo entre tus alas
por no caer volando hasta el infierno
Si al despertarme
te has ido con tus alas de angel
me cuesta mucho levantar el vuelo



SANTIAGO SASTRE

EL AMOR NO ES UN SENTIR
que dependa de tu temperatura.
Tampoco es un deseo erótico
porque todos tus impulsos
cambian, se transforman, se erosionan.
No lleva el ímpetu de la atracción
porque con los años
el fuego ya no tiene el mismo lustre,
salvo que lo busques una y otra vez
en alguien distinto
como si fueras un eterno adolescente.
Amar no es recibir: es dar.
Entregarte de forma incondicional y del todo
buscando ser sangre oxigenada, y playa
y hotel de cinco estrellas y muralla china
y no tener más nombre que su voz.

Pero sabes que nunca
te amarán como deseas,
porque quien te quiere no puede llegar
hasta tus últimos rincones
ni sembrar tu tierra con la semilla que te gusta.
Respeta sus costumbres
y deja sobre todo que te quiera como quiera.
Acaso el amor es un milagro
en el que dos robustas soledades
alimentan un tren de cercanías
hasta descubrir que sobra un cuerpo
y pueden vivir mucho mejor en una sola carne.
Abandona el barco de tu yo
y asume cuanto antes que tienes que mudarte
y que con el tiempo
ya no es posible afilar todas tus flores.
Amar de verdad duele. Y mucho.
La verdadera patria del que ama
es vivir siempre en el exilio.

homenaje a la soledad

Calla tu grillo
para que nadie sepa
tu madriguera

dos lecciones de pitágoras

I

Para Pitágoras
el Universo es una orquesta.
Cada cuerpo sideral suena
según su posición y movimiento.
El oído humano no percibe
esta música celestial
porque está atrapado
en su órbita cotidiana.
Quizá Júpiter se parezca al chelo
y Marte al moverse a un violín.
Todo se presenta atado, con sus números,
a su música.
También el silencio,
que nunca está con la boca
totalmente cerrada

II

Pitágoras odiaba las habas.
Quizá porque eran flatulentas,
o porque parecían testículos
o porque reposaban en su interior

las almas de los difuntos.
Prefirió morir antes que adentrarse
en una plantación de habas.
¡Tanta música y matemática
para morir aplastado
por el peso moral
de una legumbre!

JESÚS MORATA

fase terminal

Estás en una habitación del hospital más grande que hay en todo Madrid. Apenas puedes abrir los ojos. La habitación está casi a oscuras. Sólo un tubo de neón, **sobre el respaldo** de la cama da un poco de luz. Oyes el **pitido que conoces** por algunas películas que has visto y te imaginas un monitor con una línea quebrada, con altibajos, que marcará eléctricamente tus pulsaciones y constantes vitales. Por encima de la cabeza intuyes, porque casi no las ves, sendas bolsas de plástico, una con suero y otra con sangre humana, esperas que no sea de cerdo, para una transfusión. Te hablas para no sentirte tan solo. Te hablas con un susurro para no romper la gravedad del momento y porque no tienes fuerzas ni ansias para hablar más fuerte.

A mil quinientos años luz de la tierra se encuentra la nebulosa de Orión. En ella podemos asistir al fabuloso espectáculo de la formación de estrellas. Se calcula que en su interior hay mil estrellas jóvenes. En el corazón de esta ingente nube se encuentran cuatro estrellas a las que se denomina conjuntamente «El Trapecio». Su luminosidad es cien mil veces más brillante que nuestro Sol y en la imagen se aprecian como un borrón amarillento cerca del centro del conjunto. Los hilachos verdosos consisten en hidrógeno y azufre gaseosos calentados por la intensa radiación ultravioleta procedente de las estrellas del Trapecio. Cuando la contemplamos estamos asistiendo al espectáculo de ver nacer miles de estrellas.

Calculas que ya deben de ser las diez de la noche. Hace un rato que dejaste de oír el trajinar de cubiertos que llegaba de las otras habitaciones. A ti no te van a dar de cenar tan recién operado. No obstante te gustaría que viniera la enfermera rubia a tomarte la temperatura y poder pedirle un vaso de agua aunque sólo sea por darte el gusto de molestarla. ¡Qué se habrá creído esa zorra! Como tiene los ojos azules y unas buenas piernas se cree con derecho a menospreciar a los enfermos. Tienes derecho a que te trate bien y a traerte lo que le pidas. Pero no la esperes. Esta noche no vendrá, lo más seguro. Te tienen casi abandonado, atado a la cama, sujeto por una buena cantidad de tubos y cables que apenas te dejan moverte. Trata de dormir, si no la noche se te va a hacer muy larga. ¡Cómo ronca el vecino, en la

habitación de al lado! Pobre hombre. De vez en cuando su mujer viene a verlo. Es mucho más joven que él. A la legua se nota que lo engaña. Viene aquí y se pone cariñosa con él para disimular, pero seguro que en el aparcamiento está esperándola el amante. Teresa no vendrá a verte. Ni siquiera sabrá de tu operación. La muy... Hace dos años que te dejó. No quería entender las cosas. Tú tratabas de llevarla al redil pero no te hacia caso. No querías que hablara con la bruja de enfrente y ella siempre de cháchara. No te gustaba que fuera tanto a la casa de tu suegra y ella se pasaba las horas allí, seguramente poniéndote verde. Siempre haciéndole buena cara a todos, sobre todo a los hombres. No quería ir por buen camino. No tenía motivo para dejarte. Es cierto que alguna vez se te fue la mano con ella pero eso es normal. Todos los hombres que se visten por los pies alguna vez le han pegado a su mujer. No la esperes. Desde que empezó todo este atasco de la enfermedad no ha aparecido nadie. Y te sientes tan solo. Por eso te hablas a media voz, para no sentírte tan solo.

Desde los grandes tiburones blancos hasta las pequeñas pero letales arañas, el mundo natural está lleno de cazadores con métodos sofisticados. Utilizan una sorprendente gama de armas y de estrategias para cazar y alimentarse. Sin embargo, las presas no están, de ninguna manera, desvalidas. También luchan para sobrevivir defendiéndose de sus agresores potenciales, sirviéndose de astutas defensas, desde la extrema velocidad hasta el

camuflaje, la armadura y los venenos. El resultado de cada encuentro nunca se conoce de antemano. Tras esta dramática lucha por la supervivencia se oculta una ley evolutiva implacable: comer o ser comido. Una ley que muestra el delicado equilibrio que subyace en la naturaleza en todo ecosistema vivo.

De todo te quieren hacer culpable. Esta vida está llena de gente que quiere amargarte con monsergas. Culpable de que te abandonara tu mujer. De que tus hijos no te visiten. De que hayas enfermado del hígado. Tú hacías lo que hace la mayoría de la gente. Unas copas de coñac por la mañana para ponerse a tono. Alguna cerveza de vez en cuando. Unos cubatas. El peor de todos es Salvador. Se cree en posesión de la verdad. Siempre echando sermones como un cura. Que no bebas tanto. Que no bebas tanto. ¡Y a él que le importa! Más le valdría preocuparse del drogata de su hijo. Además siempre te ha gustado salir de noche. Hay que disfrutar de las mujeres aunque sea pagando y uno no va a esos locales a beber agua o tónicas con limón. Qué iban a pensar de ti las chicas. Menudo hombre estás hecho si vas por ahí bebiendo CocaCola Light. Te gustaría que viniera la enfermera rubia para verle las piernas o para que te rascara la espalda. Es insoportable este silencio. Esta angustia que sientes por dentro y las ganas de vomitar. Es inútil, aunque gritaras nadie va a acudir. Estás muy solo en esta habitación siniestra del hospital más grande de Madrid.

La variabilidad en la rapidez de la progresión de la infección VIH se ha explicado aludiendo a la metáfora de un tren. En ella la infección VIH es el propio tren, la cantidad de virus que existe es la velocidad que lleva el tren y los raíles que componen el trayecto son los que tiene el paciente. La estación final es el desarrollo del SIDA hacia la que el tren avanza, pero va a necesitar un tiempo para recorrer el trayecto. A similitud de linfocitos CD4, el tiempo va a depender de la cantidad de virus (velocidad) y por lo tanto cuanto más baja sea más tiempo tardará en recorrerlo; si la carga viral es indetectable, la velocidad del tren será prácticamente nula, pero por lo que hasta hoy se conoce el tren no se para del todo, parece como si existiese una ligerísima pendiente hacia abajo, por lo que no se llega a frenar.

Los hijos son unos desagradecidos. Toda la vida luchando para sacarlos adelante y cuando los necesitas se olvidan de ti. Yo creo que Alberto sí vendrá a verte. Él te quiere a pesar de todo. Siempre lo has mimado. Le has dado todo lo que quería. Hasta una vez, al poco de cumplir los dieciocho, te lo llevaste de putas. Pero aquello no le gustó. ¿Qué pasa? A ti tu padre también te llevó de putas y tú eras mas joven. Hay que saber disfrutar de las cosas buenas de la vida. Y lo mejor que hay son las mujeres. Hay que disfrutarlas y hacerles disfrutar. Alberto no quiso volver a salir contigo. Siempre ponía excusas. Siempre había quedado con los amigos. Y luego se casó con Mercedes, esa mosquita muerta. Nunca te

gustó. Seguro que malmete a tu hijo en contra tuya. Por eso le cantaste las cuarenta. Tu mujer decía que te habías pasado. «Perdonadle es que está un poco bebido» . Tú podrías estar un poco bebido y saber perfectamente lo que hacías. Nadie iba a ir a tu casa a gobernarte y menos esa flacucha que no valía para nada. ¡Qué mal gusto tuvo el pobre Alberto! ¿Qué vería en ella? Pero ya se le debe haber pasado. Sabrá que han operado a su padre y vendrá a verte. Debe saber lo grave que estás. Un trasplante de hígado no es moco de pavo.

Los muertos del devastador terremoto registrado ayer en Sichuan, al suroeste de China, sobrepasan los doce mil, según la agencia oficial Xinhua, pero esta cifra es todavía más espeluznante si se suman las personas que permanecen atrapadas entre los escombros. Sólo en la ciudad de Mianyang, a unos 100 kilómetros del epicentro del terremoto, hay un total de 18.645 sepultados, además de 7.395 muertos. En la ciudad de Mianzhu, las previsiones también son dramáticas. Al menos 2.000 personas han muerto ya y más de 10.000 han resultado heridas. Según estimaciones provisionales, otras 4.800 personas permanecen sepultadas en la citada ciudad y más de 20.000 han sido dadas por desaparecidas en tres localidades cercanas. Durante la noche, numerosas personas han intentado buscar sus pertenencias entre los edificios derrumbados y la oficina sismológica provincial ha anunciado que durante la madrugada se han registrado más de 1.800 temblores, algunos de ellos de hasta 6 gra

dos de magnitud en la escala abierta de Richter.

Con las hijas no cuentas. Las dos te han salido de la cáscara amarga. Nunca has podido con ellas. Le han salido a la madre. Siempre, desde muy niñas, haciendo lo que les daba la gana. Por más serio que te ponías, ellas a lo suyo. Se ponían de acuerdo con su madre para hacerte la vida imposible. Querían salir y entrar cuando quisieran, sin normas. Eso está bien para un hijo, pero a las mujeres hay que atarlas corto. No comprenden el peligro. Hay mucho aprovechado por ahí. Querían estudiar, irse a vivir en un piso a la ciudad ellas solas. Qué locura, con tanto sinvergüenza. No con tu dinero. No con tu permiso. Me han dicho que Laura anda por ahí con un drogadicto de esos. Ella se lo ha buscado. La otra ha tenido más suerte. Creo que tiene dos niños con un ingeniero. A mi me da igual. Quisieron irse de casa. Allá ellas. Desde que su madre y yo nos separamos no han querido saber nada de ti. Las tres se ponían de acuerdo para hacerte la vida imposible.

«Está en las Sagradas Escrituras: Josué utilizó el ruido de sus trompetas para introducir el miedo en el corazón de los habitantes de Jericó». El procedimiento es sencillo: se obliga al prisionero a adoptar la denominada 'posición de estrés', en la que no se pueden mover los brazos ni las piernas. Después se le encadena al suelo de un pequeño habitáculo y se sube el aire acondicionado hasta el nivel de congelación. Acto seguido, se pincha la canción y se sube el volumen al máximo. Sólo es neces

rio un altavoz. «Cuando se trata de Guantánamo, ¿a quien le importa que el sonido sea estéreo?».

Aún eres joven. Aún puedes hacer muchas cosas en esta vida. Cuando te repongas de la operación volverás a ser quien eras. Un tío con un par de cojones, de los que ya no quedan. ¡A ti te iban a dar lecciones los listillos de la tele! No fumes, no bebas, no corras con el coche. Están haciendo un país de maricas. ¿A qué tanto sermón, tanta gaita? Uno hace con su vida lo que quiere. Los amigos son muy falsos. Bien que se lo pasaban contigo cuando ibais de juerga. El que más aguantaba, el que más ligaba, el que antes pagaba. A ti no te gana nadie a rumboso. ¿Por qué no ha venido ninguno? ¿Dónde están Juanma, Valentín, o ese cretino del Tachuelas? Seguro que saben lo mal que lo estás pasando y no se le ocurre a ninguno darse una vuelta. Ellos no te van a solucionar nada pero aunque solo sea por darte un poco de conversación. Tienes angustia, ganas de vomitar. El cabrón del vecino cada vez ronca más fuerte. Así no hay quien descanse y lo que necesitas es dormir, que tu cabeza deje de pensar. Cuanto más piensas peor te sientes.

Notas algo, como mojado, bajo el culo. *Dies irae, dies illa* Eres capaz a haberte meado, o algo peor. ¿No va a venir esa zorra de enfermera? *solvet saeculum in favilla* El tiempo se hace eterno en esta habitación. Debe de ser muy de madrugada. A lo mejor amanece ya. Hasta las diez no dejan pasar visitas. No sabes si queda mucho...

Si vendrá Alberto. No...*teste David cum Sibylla* Lo peor es esa angustia que te oprime el pecho, como si no te llegara el aire. No te duele nada pero te sientes como cayendo en un pozo sin fondo. Un vértigo terrible. *Quantus tremor est futurus* Una congoja sin límites y esas ganas de vomitarlo todo que no se te pasan. *quando iudex est venturas* ¿Vomitar qué? Hace días que no tomas nada. A base de sueros. Ese pitido... como una chicharra desafinada cada vez se oye más lejos. *cuncta stricte discussurus!* Por Dios, ¡que venga alguien! ¿No ven que me estoy muriendo?



A La humanidad desolada, ilustración de Pepe Morata, por Jesús Pino

Fuera, acaso, imprudente.

Sin duda, sospechoso.

Tal vez, banal. Perverso.

Ingénuo. Inoportuno.

Necio, quizá. Terrible.

Inicuo. Impertinente.

Preguntar por el Hombre.

Aquí. Sin paz. Y ahora.

Y, no obstante, urge el riesgo.

Pues son tiempos impíos.

Horizontales. Turbios.

Exigentes del grito.

Hijos de la pregunta,

que a nervio de garganta,

solemne condición

a la Belleza incumbe.

Tiempo oscuro este tiempo.

Pozo de muchedumbres.

Multitudes herrosas.

Siervas de indignos dioses.

Minúsculos y fríos.

Mediocres y soberbios.

Artifices de pompas.

Eclécticas. Sangrientas.

Se sobrevive, incluso.
Fértil la noche anida.
Tala el maná las sombras.
Inventa los destierros.
Suda la pesadilla.
Y en el espejo un día.
Acumula mil años.
Su instante es el dolor.

Manchas del siglo. Babas.
Arcadas de poder.
La Demanda. La Oferta.
Comercio del Destino.
Dogmas del equilibrio.
Vivir: Sumar. Restar.
El Cálculo designa
razón al sentimiento.

Son herejes las rosas.
Su porcentaje inútil.
Un Hombre es subversivo.
Devastador el Uno.
Sólo el plural fermenta
glorioso el Beneficio.
Hablar tal vez del Hombre
socave el fundamento.

ENRIQUE GALINDO

diablo blanco

Don Juan, pasado el día de su sesenta aniversario, comenzó a pensar, a temer y, cómo no, a temblar. Su pensamiento se hizo añicos con la realidad: los años traen envejecimiento y la vejez dolencias. No hay vuelta atrás, es un tren de largo recorrido que termina en el temido infierno. Su cabeza no le dio desde ese instante ningún reposo. Debía encontrar la manera de vencer -alguna habría-, aunque rozase la ilegalidad o la cordura.

Cumplidos sesenta y cinco, cobrado el finiquito laboral, sintiéndose joven y, por tanto, rebelándose contra lo que le pudiera aportar el destino, decidió tomar cartas en el asunto, como se suele decir popularmente. El caso es que en asuntos de naipes no hay posibilidad, que se sepa hasta ahora, de cambiar nada, y menos los asuntos de La Finiquitadora, que espera al acecho para cobrar la paga.

No es la muerte hacia la que sentía la turbación, al fin y al cabo era sólo un mero trámite a rellenar en la instancia de la vida, era a lo otro a lo que temía, acentuado cada fecha: al deterioro progresivo, la pérdida de facultades, el sufrimiento, el olvido, la carga....

Día a día progresó en obsesión. Lo que empezó con un cuidado preventivo: dieta mediterránea, ejercicio diario, revisiones periódicas..., se transformó gradualmente en pánico y búsqueda compulsiva de soluciones no intentadas. Recurrió desesperado al oráculo, al Ojo-Que-Todo-Lo-Ve: Google; en espera de respuesta. Allí encontró el conjuro. Si otros lo hicieron antes el podría. Lo invocó.

Doce intentos, entre palabras delirantes, pócimas y humeantes apestosos, le llevó hacer presente al Diablo. Este bajó en nube blanquecina cuando su sesenta y seis cumpleaños daba las doce campanadas. La presencia del ser que se materializó en el centro del habitáculo se daba un parecido a él mismo en aquella foto en la cumbre del Teide, junto a su ex-mujer, de la que sólo recuerda su perfume y alguna imagen rayada en sepia.

Siempre creyó que los demonios eran rojos o con esmoquin y no blancos.

Le solicitó, manos rogativas y rodillas clavadas en las baldosas, dentro del círculo de rigor, que su vejez fuera suave, lo que tuviera que venir le trajera paz consigo y con el mundo, a él, siempre huraño y de puño fácil de levantar. Pactó quedar exento de sufrimiento a cambio de su alma. No quería años sino disfrute de la

vida, aquella que no vivió.

El Belcebú de turno, presente en la estancia entre vapores difusos, hizo un gesto con la cabeza en señal de aceptación. El instante que siguió a su evaporación, como es habitual en estos casos y había leído, fue de ausencia y soledad.

A la noche de sueños revueltos le siguió el amanecer de la sonrisa perenne. Su rostro irradió bondad y la expresión del sabio que sabe a dónde va. Comenzó a ver todo a su alrededor de forma interesante, trató a amigos y vecinos con gratitud. La sonrisa no se despegó de su rostro nunca más, ese día y los que siguieron. Pudo decir que fue feliz.

Ochenta y ocho años, ocho meses, ocho días y un lecho de muerte llegaron.

Los años finales tuvieron sus enfermedades, sus olvidos, sus achaques... Pero la sonrisa permaneció. Contagió a sus hijos, camaradas y amigos. Hasta la portera; esa...

Cuando el Leviatán de Guardia volvió a recoger su pago, Don Juan le sonrió agradecido y soltó el último aliento antes de pasar a una vida mejor, viendo como el Diablo era mayor, lleno de arrugas, llevaba un bastón, y las alas, que en su día tomó por blancas, eran canosas.

ANDRÉS J. ORTEGA

Cree el recién nacido al abrir los ojos en la incubadora, que ha sido capturado y expuesto como un reptil en un terrario.

...

Cuando la luz se va, lo hace tan rápido que ni la vemos.

...

La noche esperó a la mañana, y desayunaron juntas en la churrería.

Regresaré

*We'll meet again
don't know where
don't know when
but I know
we'll meet again
some sunny day*

Regresaré como Ulises
a pesar de los viajes.

Tras esa madre de todas las muertes que es la guerra
también regresaré.
Y si me desaparecen, regresaré.

Regresaré con la intención de volver a pisar mis huellas
si es que el viento, los tranvías y transeúntes
no las han borrado
ajenos a mi historia y al recuerdo.

Aunque la hojarasca me pierda en el olvido,
aunque tengan que pasar mil vidas,
sé que regresaré, y que seré un día soleado.

¡¡Bang-Bang!!

Como alma donde no anidó la pena
es el botiquín sin barbitúricos
o la soga anudada por Houdini
a conciencia para escapar del cuello.

Como pozo tapiado,
la cuchilla sin filo,
la pistola de ¡bang-bang!

...Calendario de banca
sin rojos veintinueves,
samurái sin deshonra,
Raymond Rousell sin opio,
sin melancolía, y sin fracasos...

Si París floreciera en sus otoños
quebraría la empresa funeraria.

J. LUÍS CALVO

adeus lique

A derradeira noite foi a Noite. Nesa noite había verdade, mentres os paxaros durmían co canto agochado no papo. Había dous corpos no ar, espidos como o amor que les nuns ollos abertos ao ceo, nunha lagoa que recibe os aloumiños da néboa. As follas descansaban reunidas nas pólas, no chan dous corpos movíanse, amaban, e calaban. Roupas desprovistas de corporeidade, murmurios, espesos e húmidos murmurios agochaban o silencio, refregaban, queimaban, e o río, co seu rostro negro, facía acenos ás estrelas.

Cando pousou o medo xunto a eles, os corazóns bateron forte, forte, e os ollos advertiron que o mundo movíase eternamente no seu mesmo lugar.

Ninguén pode ocultar a verdade na noite. Os que se aman na noite cos ollos abertos e fitan nos de enfronte o rostro

da verdade, pérdense, son asaltados pola luz máis pura,
e xamais se saberá nada deles, coma daqueles que en-
tregaron a vida á comunión da carne.

- Leylâ...- dixen, a modo, volverei..)*

Almadén

Alí o campo é propicio en piñeiros,
esténdese polo corpo
e faise recendo a azougue e a leira labrada.
Alí é a luz e o berro repentino do corzo.
Alí presentín os cambios da vida
na inqueda certeza dunhas pálpebras.
E divertínme facendo cábalas
coa imposibilidade das cousas.
A sede e o desexo échense de cervexa
e alí fanse de vento os cantos máis simples.
Alí as palabras ao sol.
Alí unhas mans, bulideiras e tenras,
mostráronme a saída do labirinto.
Alí non hai fentos.
Alí rituais, beixos, datas tinxidas de neve.
Alí o parque e a fonte, ao final da noite.

* Reflexión poética tras a lectura de *Leylâ & Mecnûn* (s. XVI), de Muhammad bûn Sulayman, máis coñecido polo pseudónimo de Fuzulî.

JOSÉ BLÁZQUEZ

Soño de pedra

*Cando eses momentos surrealistas te invaden,
colles a fortaleza que precisas e saes a
rúa co teu mellor sorriso.*

Sempre abría a porta coa esperanza
de que fora el quen estivera detrás
Pero nunca estaba
Soaba unha e outra vez a chamada do timbre
mais eu non perdía o ánimo

Agochada naquel recuncho do cuarto
Noite e día
Abrindo e pechando a xanela
vindo como ían pasando os outonos

como despois de despedirse
non tardaban en volver asomar
Un tras outro

Agora as pombas aniñaban no balcón de enfronte
Os pequenos fulminaban o asfalto co seus monopatíns
O martelo eléctrico levantaba os vellos empedrados
para instalar canalizacións de gas cidade

Eu choraba ansiosa
coa esperanza
de que algún día fora el o que tocara á porta
Despois
as pombas xa non estaban
os balcóns non existían
quizais os pequenos trocaran os patíns por vehículos a
motor
quizais algún lastro quedara cuberto cunha grande
capa de alcatrán

Eu seguía esperando
pero el nunca chegou
El nunca existiu
nin as pombas
nin os pequenos
nin houbo nunca empedrado na rúa
nin rúas houbo porque no había cidade
nin amados nin amadores

porque eramos pedras do río
e as correntes facíanos cóxegas
e as algas de cando en vez cubríannos
quentándonos para soportar as frías correntes do inverno

As primaveras sempre volvían
recordándonos que pronto volvería o outono

CARLOS GEGÚNDEZ LÓPEZ

O xersei marelo

É un día de maruxía con chuvia. Mestura de auga sosa e sódica. Vento que refolea, rechía, rechouchía. Esgaza con forza ondas contra rochas.

Pasou a tempestade.

Agora hai mar calmo. Dornas, dorniñas, chalanas, bateis arrolados no reláx do océano. Brisa mariña no canto de vento mareiro.

Sento no cantil e devezoo por verte. Estou arrepen-tido, pero se cadra xa é tarde.

De súpeto, sobrecolledora visión no mar. O incon-fundible xersei marelo que afunde.

-Pobre e inocente Ofelia, non soportaches o meu desprezo.

Como Hamlet salvador, pero sen dubidar bótome á auga. Salto con determinación e vou sentindo teu arume nos beizos nun boca a boca reconciliador, sen remorsos.

Agarro por atrás o xersei de la e o corpo apenas me pesa nos brazos.

Unha ollada cara o areal para saír a nado cara atrás e albisco con inesperada sorpresa outro xersei dourado ao lonxe.

Cruenta mofa.

Unido en lúbrica aberta a unha boneca de trapo ollo con xenreira a túa burloa fuxida saltando entre o ronsel escumoso das ondas.

JOAQUÍN CARBALLIDO PARRA

(1)

Outono

Camiñabamos do brazo

vendo caer as follas.

As últimas luces da tarde

ían esmorecendo.

E ti collichesmes as mans

para que non emprendesen voo

cara a ti.

(2)

Infancia
Dourados viñedos
do último setembro.
Mans de moscatel
que me acarician.
Galerías de risos.
Persianas verdes.
E o centro unha figueira
alta e precisa.

(3)

Luz
Arde o patio de xeranos
baixo a transparencia invisible
co ceo.
A Creación é arrasada por
espadas de luz.”

MARÍA ANTONIA RICAS

Abejas

No permanecen en un cuerpo
muerto. Por la mañana trazan
esa huella de miel
-es necesario que el fantasma
consiga la ternura-

y se llevan
una gota de sangre
para teñir las amapolas
blancas.

No se quedan en los pulmones,
ni en los huecos petrificados,
ni en la caja del pulso
del líquido secándose.

Sólo rozan la piel,
se llevan lo que es suyo,
y van al campo,
a otros cuerpos que aún
no respiran.

Parece un beso en nuevas bocas
lo que dejan:
un recuerdo, un signo
para saber besar
cuando despierten.

JOAQUÍN COPEIRO

pasiones encontradas

Paco Buenaventura retiene por un momento entre sus dientes el bocado de pan y tortilla con bonito, para que la única noticia cultural del telediario llegue nítida a sus oídos sin verse interrumpida por el ruido de su propia masticación: Planeta pone a la venta los primeros cincuenta mil ejemplares de la novela *Pasiones encontradas*, de Rafael López Busquet; su autor, dice el portavoz del grupo editorial, es un joven vagabundo barcelonés que ha venido comiendo de la caridad y durmiendo, arrebujado entre trapos y cartones, en los cajeros automáticos de la Caixa, eso sí, asegura el propio escritor, yo siempre en los de la Caixa, que me inspiran más confianza, porque precisamente en uno de ellos me parió mi madre, y ahí, continúa el portavoz de Planeta, en un

cajero, ha escrito esta novela prodigiosa, tan prodigiosa, que la empresa no ha dudado en sacarla a la luz para que ningún lector de habla hispana se vea privado de su lectura. Mientras portavoz y autor hablan frente a la cámara, esta nos ofrece el busto de aquel, la portada del libro, un primer plano del rostro barbudo del autor y un primerísimo plano de su boca, donde descuellan algunas mellas de la insalubridad y se presume la halitosis de la pobreza, no obstante aparentar el vagabundo, metamorfoseado por fin en el escritor López Busquet, buena presencia, traje de chaqueta y corbata, y un cierto brillo en barba y cabellera, indicio de reciente atildamiento.

Paco continúa masticando. Vaya, vaya, se dice, así es como se las gastan estos, igual que la Coca-Cola cuando anuncia a bombo y platillo que va a cambiar su fórmula mágica y se le disparan las ventas, y aquí nos hablan de un escritor desconocido, vagabundo, joven y maloliente, que resulta que ha escrito una obra maestra, que si no es porque un fulano de la editorial va a sacar dinero esa noche, seguro que para pagar servicios inconmensurables, al cajero automático en que dormía o escribía el vagabundo, le pide el manuscrito, lo lee y, ¡hale hop!, descubre su inestimable valor, hoy no tendríamos novela, ni mañana premio Planeta, ni, quién sabe, pasado premio Nobel, vaya, vaya, y tú, Paco *Mala Ventura*, ¿qué vas a hacer si no?, pues acudir a la librería del barrio y comprar *Pasiones encontradas* para comprobar si miente la editorial o si en verdad la novela se

trata de un auténtico hito de la narrativa, capaz de eclipsar la trilogía *Millennium* o la saga completa del capitán Alatriste.

El caso es que Paco Buenaventura, espoleado por la noticia, engulle a toda velocidad lo que le queda de bocadillo, apaga la televisión y se dirige al rincón del estudio donde andaba varado su viejo ordenador de sobremesa, que casi no le deja sitio para otra cosa y cuyo ventilador zumba como una centrifugadora: pretende ahora seguir rehaciendo con él la historia de Domingo Martín. ¡Cuánto echa de menos el portátil que le birlaron en junio, y no este trasto que tarda un huevo en iniciarse, que invierte un siglo en arrancar cada programa, que no tiene instalados el María Moliner ni la Encarta, ni dispone de conexión a Internet! ¡Una verdadera patata, vaya! Nada que ver con aquel flamante Mac, tan ligero, 4 Gb de memoria, procesador Intel Core i7 con 2,66 GHz de velocidad, disco duro de 500 Gb, pantalla panorámica brillante de 15'' con retroiluminación por LED, en el que con tanta ilusión invirtió la paga extraordinaria de diciembre, que incluso lo condujo a jugar a los Reyes Magos, a colocar los zapatos en la noche del 5 de enero junto a la ventana del saloncito y a llamar a la vecina para que fuera testigo de ello, mira, Manoli, le dijo, he puesto los zapatos, ¿tú no?, y me voy a acostar tempranito, porque yo sí creo en los Reyes, ¿tú no?, pero Manoli, tan pizpireta, con esas sinuosas turgencias, solterita y sin compromiso, que nada, que vio los zapatos, te sonrió, y no quiso contigo ni oro, ni incienso, ni mirra, porque si ella

te dice, si te dice «yo también», o sea, que ella también se iba a retirar pronto, tú entonces, seguro, así lo habías decidido, tú entonces le hubieras propuesto pasar juntos la noche, acostaros en tu misma cama, comeros un buen roscón de Reyes, pero no, Manoli se limitó a sonreír y a decirte «pues yo Paco no creo en Melchor, ni en Gaspar, ni en Baltasar, así que me voy a ver *Lo que el viento se llevó* y luego el *Doctor Zhivago*, y nada de zapatos ni de paparruchas, ¿que crees que te vas a levantar mañana y te vas a encontrar un *Scalextric* o un balón de reglamento?», y luego se largó.

Era bueno el portátil, muy bueno. Y solo pesaba 2,5 kg. Manejable, Paco podía escribir con él en el sofá del saloncito, frente a la televisión, con su conexión móvil a la Red y todo. Y ya se había acostumbrado al teclado reducido y a no utilizar ratón, de manera que incluso escribía con mayor facilidad porque la velocidad de sus dedos sobre las teclas se había acompasado a la del propio pensamiento, y las ideas le fluían brazos abajo con enorme ligereza, limpias, desenvueltas, preñadas con frecuencia de imágenes contundentes e ingeniosas, de una plasticidad capaz de sugerir cualquier textura, como que en tres meses redactó más de doscientos folios con la historia de Domingo Martín, joven abogado, hijo de un magistrado del Constitucional, que se hizo líder absoluto de las Nuevas Juventudes y que renunció a su acta de diputado para, en un arrebató vocacional, ingresar en el Seminario y ordenarse sacerdote; Domingo Martín ejerció como tal en diversos pueblos durante los

dos lustros de gobierno conservador; finalmente, ya talludito, colgó la sotana para fundar un partido anticlerical, cuyo objetivo era llegar al Parlamento para promover in situ la derogación del Concordato, lo que en pocos años lograría con los votos favorables de doscientos setenta y siete parlamentarios, pero que echarían atrás diez miembros del Constitucional, entre ellos su padre, a través de una resolución de la que, para más inri, este fue el ponente, por ir en contra, acordó el Alto Tribunal, del artículo 16 de la Constitución.

Sin embargo, este viejo Pentium III, con 498 MHz de velocidad y 128 Mb de memoria, disco duro de 6.5 Gb y sin conexión, por supuesto, a Internet, lo desmotiva, embota su cerebro y el magín se le acartona, y no encuentra manera de recomponer la novela perdida, y cuya única copia, porque el *pendrive* con la primera también se lo llevaron los cacos, estaba precisamente aquí, en el disco duro de esta antigualla. ¡En qué hora lo formatearía! Claro que no tuvo otra salida, porque no iba ni *pa'trás* ni *pa'lante*, estaba *petao*, como tu caletre ahora, que no consigue recordar ni una sola línea de aquella historia, bueno, sí, las tres o cuatro primeras, su arranque, que, acaso en emulación lejana del inicio de *Cien años de soledad*, decían: «¡Muy poco imaginó el joven Mingo, el día de su graduación en la Facultad de Derecho, que acabaría limpiándose el trasero con el facsímil del *¡Vamos a ver al General!*, de José María Pemán, “Cinco palabras que resumen / todo un ingenuo y noble afán”, que le regaló el facha de su padre; pero menos aún pudo

pensar el niño Dominguí, cuando la Confirmación, que haría lo propio con el facsímil del *Ripalda*, obsequio personalísimo de su devota abuela materna. “Yo soy el obispo de Roma; para que te acuerdes de mí, ¡toma!”». Y desde el «¡toma!», nada de nada, pero nada, y no como Gustavo Adolfo, que logró reconstruir, dicen, de pe a pa, y armado tan solo de su prodigiosa retentiva, el *Libro de los Gorriones*, que no se lo cree ni él. Afortunadamente, se consuela, la historia de Domingo Martín se la envió a la agencia literaria TRAZOGRUESO, «Nos ha gustado su *Oxímoron* y haremos todo lo posible por conseguirle, antes de un año, una buena editorial, sea paciente», que sin duda estará gestionando su publicación. ¡Si es que es un buen libro, hombre, tú lo sabes, y hará furor, con ese título tan original, *Oxímoron*, que pretende sugerir la coincidencia de propósitos y dedicaciones radicalmente contrapuestas en el seno del mismo individuo –de ultraderecha, cura integrista, de izquierda radical–, y te hará famoso y rico, y entonces, hala, a escribir sin llorar, a contradecir a Larra, a vivir de la pluma y a generar ingentes derechos de autor de los que podrán beneficiarse varias generaciones de tus descendientes, si es que los tienes, que al paso que vas...!

Enrabetado una vez más por su frustrante incapacidad para recuperar *Oxímoron*, Paco Buenaventura, aferrándose a la idea de que el único ejemplar de su obra que existe obra en buenas manos, decide relajarse leyendo tebeos con música de fondo, algo a lo que recurre, con eficacia comprobada, cuando se halla falto de re

mos. Hoy le apeteecen unas aventuritas de Corto Maltés y un poco de jazz, que le vendrán a las mil maravillas para aliviarlo de la lacerante sensación de escritor *capado* que le provoca constatar lo exiguo de su memoria. Pero, ¡oh insaciable desazón!, los tebeos del gran Hugo Pratt no aparecen por ningún lado; ¡oh endiablados chorizos que, ahora se percata, arramblaron con todos ellos y le dejaron, en cambio, los mil doscientos diecinueve ejemplares de *Roberto Alcázar y Pedrín*, versión facsímil, naturalmente! ¡Cálmate, amigo, no te enfurezcas, sumérgete en los cien últimos cuadernillos del «intrépido aventurero español», los de mejor trazado, y al tiempo regala tu oído con la trompeta de Terence Blanchard y las voces de Diana Krall, Jane Monheit...! Paco Buenaventura busca los tebeos de Vañó y luego se acerca a la estantería en que, por orden alfabético de artistas, se encuentra su colección de jazz, recorre con la vista y con el índice de la derecha los lomos de las fundas, Bernet, Berry, ¡ajá!, Blanchard, pero... ¡Ostras, Pedrín!, ¿qué es esto?, ¡una sobrecubierta de cartulina vacía!, ¿por qué?, ¿para qué? ¡Qué mamones! Repasa rápidamente el resto de *cedés* y concluye que solo se llevaron el de la sobrecubierta y que puede que dejaran esta para que su dueño, o sea, él, supiese cuál era, por si alguna vez deseara reponerlo. ¡Pues se van a joder, te dices abanicándote con la sobrecubierta, porque no me importa lo más mínimo quedarme sin él! Ya ves, lo compraste hace años a través de Discoplay, animado por la propaganda tan sugerente que de él se hacía: el gran pianista

canadiense Paul Bley, nacido en 1932, junto al saxofonista Evan Parker y al bajista Barre Phillips, más o menos de su misma edad, se habían enclaustrado en el monasterio suizo de Sankt Gerold para grabarlo. Juras que lo intentaste una, dos, diez veces, dos docenas de veces, y ¡ni *pa* Dios!, que no hubo forma humana de que encajaras aquellas imposibles «Variaciones», tan alejadas incluso de los relinchos trompeteros del *free jazz*, y tan difíciles de distinguir a ratos de chirridos de puer-tas desengrasadas o de golpes de latas de aceite vacías en un taller.

Así que, haciendo ahora balance del robo, perpetrado meses atrás y a pesar de la alarma de Segur, resulta que se llevaron el portátil –y el *pendrive* con las copias de seguridad, claro–, los tebeos de Corto Maltés, un *cedé* con el insufrible *Sankt Gerold* de Paul Bley y dos *cuponazos* de los viernes, que por suerte, como comprobó el sábado siguiente al allanamiento, no tocaron, que si no, te hubieras tirado de cabeza al Tajo, bueno, ni tocaron entonces ni te han tocado nunca, que no sé para qué coño los compras, no uno, sino dos *cuponazos*, y te dedicas luego a imaginar qué demonios vas a hacer con tantos millones, si arreglarles la vida a los parientes, fundirte los cuartos en comilonas con los amigos o dar vueltas al mundo con Manoli en trenes y aviones de primera hasta ver inscrito tu nombre y el de ella en el libro Guinness de los récords. Eso te robaron. ¡Ah, sí, y dos estupendas reproducciones, primorosamente enmarcadas, de sendos bodegones de Giorgio Morandi,

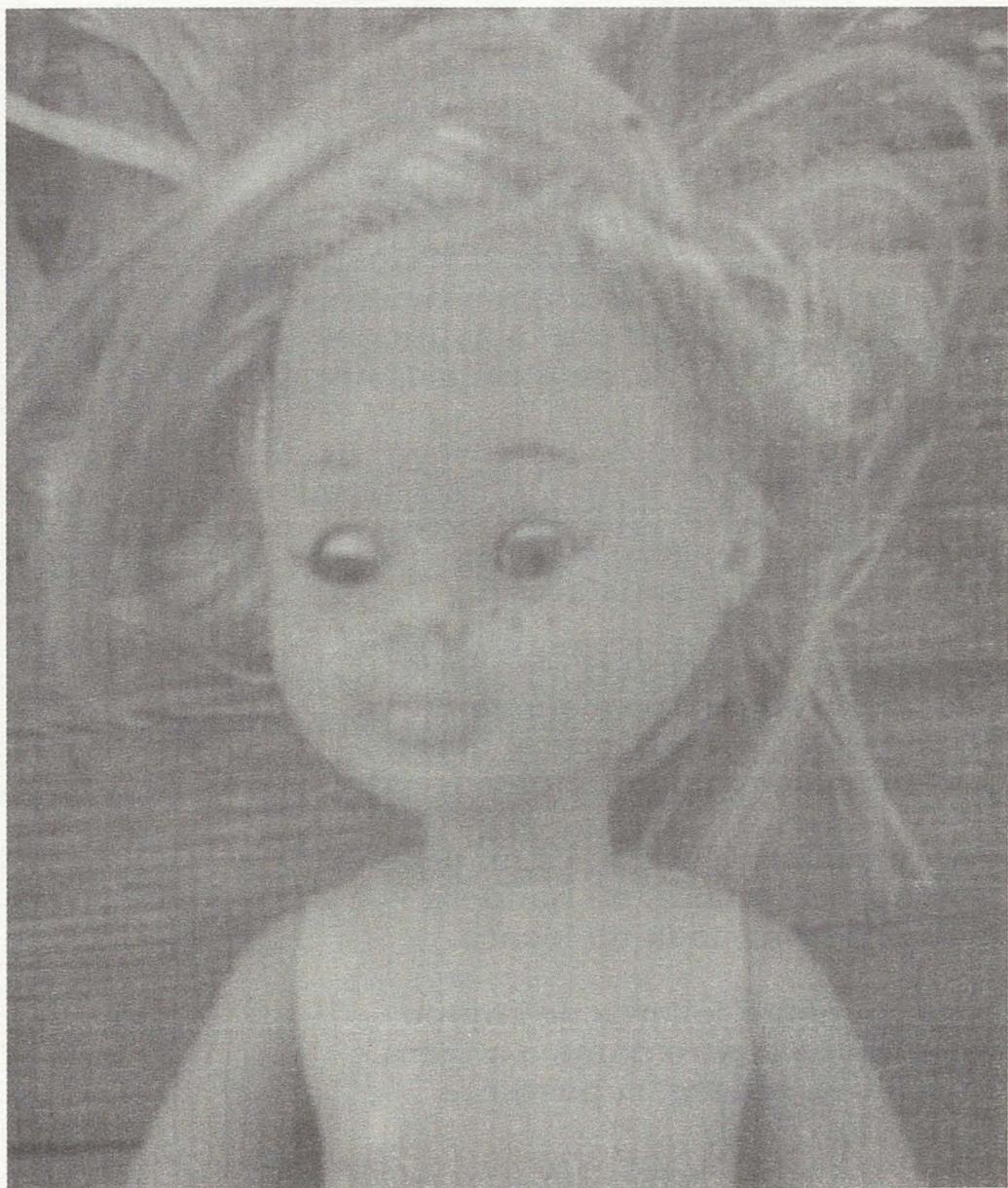
que proporcionaban a tu saloncito un toque de sencillez, de elegancia, de armonía cromática y de limpieza en verdad reconfortante! Hoy, al cabo de estos meses, no sientes el robo del *cedé*, pero sí lamentaste en su día el de los bodegones, y el del portátil, claro. Curiosos, no obstante, aquellos rateros; selectivos. ¿Cultos y modernos, Morandi, Corto Maltés, Paul Bley? No se llevaron la tele –¡que no, tío, deja la caja tonta!–, ni el microondas –¡yo no acarreo esa coñal!–, ni tu mejor ropa –¡vámonos ya, tío, deja los hatos, que nos va a pescar la pasma!–, ni tu exquisita colección de *cedés* –¿y unos disquitos?, ¡que no, coño, bueno, levanta uno!, ¡vale, me afano este, que, mira, mira, tres yayitos, los músicos, con un curita, la montaña, el minino, que tiene que molar, tío!, ¡vale!, ¿le dejo el cartón para que se abanique?, ¡vale!–, ni tus mejores colecciones de tebeos –¿y los tebeos?, ¡venga, tío, dónde vas con los tebeos!, ¡solo los de este chorbo de la gorrita, y, luego, los colocamos en el Rastro, que allí valen una pasta!–, pero sí cargaron con los cuadros –¡vale, venga, arrea, y yo guindo los cuadros!, ¿y tú para qué quieres esas gachas con tantos cachirulos?, ¡pues se los regalo a la Susi y los cuelga en la cocina, tío, que no las pillas!, ¡si es que aquí no hay *na* que valga la pena, tío, la hemos *cagao!*– y con tu flamante ordenador –¡anda, lígate el *ordenata* y nos la píramos, que al final nos trincan!, ¿y *pa* qué queremos este muerto?, ¡ese no, tío, el MAC, que no las hueles!, ¿el MAC?, ¡sí, tío, el portátil ese, y el *pinganillo*, el de ahí, que eres más tonto que una mata de habas!, ¡oye, tronco, un respeto!, ¡si es que nos ofre-

cen una guita, tío, espabila, que el menda este tiene que ser un 007 de esos, por lo menos!-.

Frustradas, pues, sus esperanzas de relajarse con los tebeos y el jazz, Paco Buenaventura se prepara un vaso de leche caliente con dos cucharaditas de Nesquit Noche. ¡mano de santo!, y, diciéndose que mañana será otro día, se mete en la cama con las más de setecientas páginas de la *Ortografía de la lengua española* que le regaló de Reyes su vecina Manoli, «Toma, Paquito, para que pulas tus faltas, pero que he sido yo, tu amiga, y no los Reyes Magos», el más eficaz de los somníferos allá donde los haya, ¡mano de toda la Santísima Trinidad al completo!

Y en efecto, duermes como un bendito, ¡bendito de Dios!, y te levantas tarde, con el sol en lo alto. Desayunas y te acicalas con la alegre parsimonia de un sábado en el que no tienes nada mejor que hacer. Luego te echas a la calle y, casi inconscientemente, te diriges a la librería de tu barrio. Penetras en ella con la sana intención de curiosear por las mesas de novedades y de comentar con los conocidos vuestras últimas lecturas. Pero algo te desvía de tu objetivo inicial: una auténtica montaña de ejemplares de *Pasiones encontradas*, la novela del vagabundo catalán lanzada por Planeta. Así que no te queda otra que, animado por la apreciación que alguna vez hiciera García Márquez sobre la importancia decisiva de las catorce primeras líneas de una novela, porque en ellas ya se vislumbra, según el Nobel, la posible calidad literaria de la misma, coger un ejemplar, abrirlo y

atreverte con su comienzo, que dice: «¡Qué poco imaginaba el joven Martín, el día en que acabó la carrera, que alguna vez se limpiaría el culo con el facsímil del *¡Vamos a ver al General!*, de José María Pemán, “Cinco palabras que resumen / todo un ingenuo y noble afán”, que su padre le regaló; pero ¿y el niño Martinito cómo hostias iba a pensar, cuando lo confirmaron en la fe católica, que el *Catecismo* del Padre Ripalda con que lo obsequió su abuelo le iba a servir de papel higiénico?». ¡Desdichado descubrimiento: te robaron el portátil, te robaron el *pendrive*, la novela, te dejaron sin original, tú no habías tomado la precaución de registrarla antes de confiarla a la agencia, «Aquí les mando, desde mi MAC portátil, mi último trabajo...!». ¡Sangre fría, eso fluyó por tus venas desde el cerebro a la punta de la pija, mientras cerraste el libro, lo devolviste a su sitio, gritaste «Esto es un oximoron en trazo grueso», te desabrochaste la bragueta y te measte en la torre de ejemplares de aquel pérfido, felón y descarado, pero, para tu desgracia, indemostrable, plagio!



JESÚS PINO

Será un honor, señora, el poseerla;
un inmenso placer el penetrarla;
será, señora, un gozo el consolarla
y un orgullo viril satisfacerla.

No será mi intención el ofenderla
si acaricio su cuerpo al desnudarla.
Ni sospeche, señora, que al besarla
pretenda, con maldad, humedecerla.

Ser tu esclavo, señora, es mi destino.
Serviros es, señora, mi bandera.
Y sois, señora, toda mi locura.

Será un honor follaros de supino
de prono, a cuatro patas o a tijera.
Elegid vos, señora, la postura.

Disculpadme, señora, la licencia
de palparos los pechos con lujuria.
Y comprended , señora, que esta furia
sólo es razón de vuestra resistencia.

No es mi intención manchar vuestra inocencia
sino más bien desbaratar la injuria
que supone esconder como penuria
lo que debiera obrar de omnipotencia.

Disculpad, pues, señora, la violencia
que os causen mis salvajes intenciones
y mis poco cuidadas etiquetas.

Sólo piden mis manos aquiescencia
y os abrirán la puerta a los pezones
y la gloria , señora, a vuestras tetas.

¡Más despacio, señora, más despacio...;
que no es rocín mi cuerpo de carreras,
y cuanto más afán en tus caderas
más cerca mi placer de su epitafio!

Yo soy, sabedlo bien, de suave paso,
de afable trote y de gozosa espera;
ni me gusta correrme a la ligera
ni apresurar la marcha hacia el ocaso.

Así que sosegad vuestra premura
y disfrutad con calma los matices
que han de colmar de gusto esta batalla.

No estropeeis con prisas la aventura.
Pues recordad que en estas dulces lides
más vale sostenella que enmendalla.

PACO MORATA

andén primero

una anciana dormita su demencia
debajo del reloj frente a las vías
rebosa el tiempo ajado
de su boca entreabierta
como un hilo de vida que se escapa
un ligero sedal del que la muerte arrastra

un poco más allá
aunque resulta
difícil ubicarlo pues pasea
un segurata joven de uniforme
de cabeza rapada y nandrolona
abusa de su escasa autoridad
vigilando con gesto amenazante
la locuaz melopea de un mendigo

con un brillo de llanto en la mirada
azulada de sombra
vestida íntimamente
del aire oscurecido
que el verano y la mar le han regalado
una muchacha en piernas
en dolorido rostro enamorado
en oprimido busto
bajo la camiseta
que no alcanza a ocultar
un piercing en su ombligo
teclea compulsivos
mensajes de socorro sobre el móvil

flotan sobre el ambiente
el olor pasajero de los trenes
el tiempo malversado de la espera
los avisos grabados de la megafonía
la atmósfera de hielo sonriente
que dejan los adioses colgando de los labios

sobre todas las cosas flotas tú
que no has venido
ocupas
con el peso liviano de la ausencia
todo lo que deseo lo que puedo
paladear o ver mientras respiro
húmedo aún sobre mi piel el rastro
del sudor que transpiró la tuya

JUAN CARLOS PANTOJA RIVERO

¡si me llamas...!

*“¡Si me llamas, sí,
si me llamas!
Lo dejaría todo...”*

(Pedro Salinas, La voz a ti debida)

La decisión fue repentina y casi no tuvo tiempo para sopesar las consecuencias. *Si yo estuviera loco me iría ahora mismo al pueblo de Isabel, a buscarla*, este fue su pensamiento, en la mitad de la tarde, mientras miraba sin prestar atención la pantalla encendida del televisor, que ofrecía a los espectadores un concurso estúpido cuyo mecanismo consistía en preguntar obviedades a los concursantes, que se equivocaban una y otra vez en sus respuestas. Tomás no lo pensó dos veces; apagó el televisor pulsando un botón del mando a distancia, se levantó del sillón y, tras coger las llaves del coche, salió

de su casa, decidido a hacer un recorrido de casi cien kilómetros, a pleno sol, para buscar a Isabel. No soportaba más la desazón de la ausencia, que no había dejado de alimentarse desde tres días atrás, cuando se despidió de ella con la sensación de que sería difícil volver a verla. Tomás había concluido, en esos días de separación, que lo que sentía por Isabel era algo más que simpatía, y que su inquietud interior se debía al amor. Dudaba que ella sintiera algo parecido, pero no por eso iba a desperdiciar la ocasión que ahora le facilitaba su arrebató súbito, esa necesidad imperiosa de desplazarse a un pueblo en el que no había estado nunca y buscar allí a quien crecía dentro de él con la fuerza imparable de los sentimientos, tan involuntarios como impetuosos.

En el coche encendió el aire acondicionado y, confortado por él, rehízo los pensamientos de los días anteriores, desde que se fue Isabel. No encontraba respuesta al interrogante que le había obsesionado desde entonces y que ahora se hacía firme de nuevo en su mente: esa mirada suya, de destellos azules, ¿significaría que ella también vivía en el desasosiego que a él le dominaba? Por eso se hacía necesario viajar en su busca, encontrarla y preguntarle si sentía lo mismo que él. Al principio tuvo la esperanza de que Isabel le llamara por teléfono, necesitada de oír su voz, como él mismo lo estaba de oír la de ella. Entonces se hacían insistentes en su cabeza unos versos de Pedro Salinas, “¡Si me llamaras, sí, / si me llamaras! / Lo dejaría todo, / todo lo tiraría: / los precios, los catálogos, / el azul del océano

en los mapas...”. Pero no llegaba esa llamada, y los mapas seguían conservando el azul de sus océanos, tan intenso como el del vestido que llevaba Isabel el último día que se vieron, y cuyo recuerdo constante acentuaba la intranquilidad de su espíritu: Isabel estaba preciosa con ese vestido azul, y Tomás no podía dejar de mirarla, de la misma forma que ahora, en el interior del coche, no podía dejar de recordarla, parada junto a él en la estación de autobuses, junto al autobús que había de acogerla a ella para separarla de él hasta un día impreciso, tal vez lejano o fatalmente inalcanzable. Tomás recordaba cada segundo de ese momento, un punto mínimo en la línea del tiempo, que para él era toda una eternidad de sensaciones y de sentimientos, en el descontrol de un pasado muy reciente que, sin embargo, resultaba lejanísimo desde la perspectiva temporal en la que ahora vivía. Isabel miraba alternativamente al autobús y a Tomás, siempre sonriente, mientras él buscaba la manera de prolongar la despedida, de hacer que no acabara nunca ese momento de angustia y de incertidumbre que se reflejaba en la serena y limpia mirada de ella, ajena sin duda a los pensamientos de Tomás, a su inquietud punzante.

Ahora, en el coche, esa escena de la estación de autobuses parecía muy lejana, e incluso ajena, como si no la hubiera vivido él: solo existía el presente absoluto, el de ese instante en el que se acercaba al pueblo de Isabel, por una carretera vacía, con todo el sol de agosto calentando el asfalto. En su mente correteaban los versos de

de Salinas, en una obsesión que duraba ya días, “Tú, que no eres mi amor, / ¡si me llamaras!”, porque cada vez estaba más convencido del deseo de esa llamada que nunca llegó, al tiempo que sentía que ella le era ajena o, mejor aún, se le mostraba ajena, distante, fuera de la órbita de su amor (“tú, que no eres mi amor”). Isabel no era su amor, sino una buena amiga de la que, eso estaba muy claro, él se había enamorado, a juzgar por los días anteriores y por esta tarde de locura veraniega en la que la carretera ardiente parecía su único destino, fatal e irremediable. Para rellenar la soledad de su camino, Tomás encendió la radio del coche y, al tiempo que brotaba la música, apareció en sentido contrario otro vehículo, el primero desde que salió de su casa, al menos que él tuviera conciencia. Enseguida se solidarizó con el conductor, tal vez otro loco que, como él, había emprendido un viaje extraño y posiblemente absurdo, porque ahora empezaba a pensar que, cuando llegara al pueblo de Isabel, no sabría a dónde dirigirse, qué hacer para encontrarla: ignoraba su dirección y no llevaba encima su número de teléfono a causa de la celeridad con la que había salido de su casa. El otro coche pasó a su lado, fugaz, como un suspiro, y dejó a su paso una estúpida inseguridad en la ya maltrecha mente de Tomás; ¿sería Isabel quien condujera ese coche?, ¿habría tomado la misma decisión loca que él estaba poniendo en práctica en esos momentos? Se maldijo por no haber mirado al conductor en ese instante mínimo en el que se cruzó con él, y recordó un cuento que había leído, de Italo Calvino,

en el que ocurría algo parecido a lo que él sospechaba ahora sin fundamento; la incertidumbre de que, mientras yo voy en tu búsqueda, tú vienes hacia mí, y nos cruzamos en la carretera irremisiblemente, haciendo imposible nuestro encuentro en esas dos ciudades distantes y ajenas que nos separan, como a los personajes sin nombre de Calvino que, tras discutir por teléfono, emprenden un viaje el uno hacia el otro. Tomás se inquietó ante la posibilidad de que hubiera ocurrido lo mismo, aunque le tranquilizó de manera pueril el hecho de que, en su caso, no había habido discusión telefónica, ni siquiera una llamada, la que tanto echaba de menos ("¡Si me llamas, sí, / si me llamas!") y que ahora casi se alegraba de que no se hubiera producido.

La música que sonaba por los altavoces tranquilizaba la inquietud de Tomás, que quería desechar la idea de que el coche con el que se había cruzado fuera el de Isabel: no tenía sentido, no había ningún motivo para que ella fuera en su busca. Sin embargo, Tomás creía recordar que en los días anteriores a su separación, Isabel se había mostrado más cercana a él, como si también ella tuviera ese punto de locura amorosa que él estuvo sintiendo en las últimas semanas. Recordaba la mirada de ella, clavada en él, cuando se sentaban a tomar unas cervezas con los amigos, o las atenciones que Isabel le dedicaba (al menos eso le parecía a él), como si fuera distinto a los demás, en pequeñas cosas que tal vez no tuvieran el más mínimo sentido si se analizaran desde fuera, pero que a Tomás se le antojaban de una

importancia absoluta y cargadas de significados secretos, que solo él era capaz de descifrar, en esa insensatez que le facilitaba el amor o lo que fuera eso que sentía cada vez que Isabel se le hacía presente, aunque solo fuera en su pensamiento: era recordarla el último día, con el vestido azul que tanto le gustaba, junto al autobús que habría de llevársela, y un cosquilleo interior, imposible de localizar en una zona concreta de su cuerpo, venía a desazonarle el alma, a vaciar sobre él todas las sensaciones inquietantes de la pasión y la incertidumbre del amor, acrecentadas por la duda acerca de los sentimientos de ella, por la seguridad casi absoluta de que ella no sentía por él lo mismo que él por ella. Por eso Isabel no cogió el teléfono para llamarle, como él hubiera deseado, como él soñaba, con la compañía de los versos de Pedro Salinas, “porque si tú me llamas / - ¡si me llamas, sí, si me llamas!- / será desde un milagro, / incógnito, sin verlo”. ¡Desde un milagro!, con toda la dosis de lo irrealizable, de lo imposible, de lo que ocurre solo si lo quiere la divinidad. Por un momento, Tomás estuvo tentado de dar la vuelta y volver a su casa, aprovechando que la carretera estaba vacía y le permitiría hacer una maniobra indebida pero necesaria: volverse a casa, dejar de lado esas veleidades amorosas que solo él se había dejado crecer en el corazón o donde quiera que residan los sentimientos más nobles; volverse y no hacer el ridículo, en medio de una plaza del pueblo, buscando un imposible que solo puede residir en un milagro. Tomás detuvo el coche en el arcén, puso las luces

intermitentes y accionó el freno de mano; luego reclinó la cabeza sobre el volante y permaneció así unos segundos, hasta que tomó una resolución, la más insensata, según él mismo se dijo en voz alta, y prosiguió el camino iniciado, hacia el encuentro posible con Isabel.

El sol caía casi vertical sobre la carretera, y el coche de Tomás avanzaba solitario, llevando en su interior las ilusiones y la locura, acompañadas de una vieja canción que parecía haber sido programada para el momento, “si tú me dices ven, lo dejo todo...”. Tomás supo entonces que su destino era terminar ese viaje, más allá de lo aconsejable por la cordura, ausente ya de él.

En medio de la congoja que maltrataba sus sentidos, el pueblo de Isabel se hizo visible de pronto, como si brotara del suelo en mitad de la llanura, y un arrebato de sensaciones contrapuestas revoloteó en su interior. De nuevo sintió la necesidad de volverse, de abandonar la idea descabellada de adentrarse en el pueblo, de no vagar entre las gentes en busca de una respuesta a su desasosiego; pero ya era tarde, porque el coche enfilaba la entrada del pueblo, entre las señales que indicaban la obligación de reducir la velocidad. De pronto, Tomás se vio en el centro mismo de sus deseos de esa tarde, a poca distancia de Isabel, aunque sin saber a ciencia cierta qué hacer para encontrarla. Giró por una calle que se abría a la derecha y desembocó en una pequeña plaza muy animada, en la que un grupo de adolescentes pasaban el rato sentados en el respaldo de un banco, con los pies en el asiento, y comiendo pipas encorvados, como si

la vida les pesara. En otro arranque de inconsciencia, Tomás se acercó a ellos, abrió la ventanilla del coche y les preguntó: *Por favor, ¿sabéis dónde vive Isabel?* Los muchachos se miraron extrañados, deteniendo su silenciosa actividad, y luego lo miraron a él, expectante ante la respuesta que se hacía de rogar. Uno de los adolescentes tomó la palabra: *¿Qué Isabel?; La más guapa del pueblo, ojos claros, serenos...*, se sintió ridículo Tomás ante su respuesta. Los comedores de pipas se rieron al unísono, mientras uno de ellos, el mismo que intervino al principio, habló de nuevo: *Con esas señas que nos das no te podemos ayudar, tío, que aquí guapas las hay a montones.* Tomás permaneció un segundo mirando al grupo y luego puso en movimiento el coche, al tiempo que daba las gracias a sus interlocutores, que se quedaron viendo cómo se iba, sin borrar la sonrisa de los labios, antes de continuar comiendo pipas en silencio.

Una calle retorcida condujo la indecisión de Tomás a otra plaza, casi vacía, en la que no se detuvo. Tras un breve recorrido, el coche desembocó en lo que parecía el centro, una tercera plaza, espaciosa, con soportales a los lados y mucha gente paseando o tomando un refresco en las terrazas de un par de bares. Tomás aparcó el coche en el único hueco que había, a la entrada de la plaza, y, oculto tras las gafas de sol, comenzó a caminar lentamente, mirando con detenimiento a las personas en busca de la cara amada de Isabel, quizás mezclada con quienes ahora estaban compartiendo con él el espacio amplio de esa plaza. Junto al escaparate de una tien-

da de ropa femenina, un grupo de chicas jóvenes se volvieron a mirarle, curiosas, y él aprovechó para hacerles la pregunta: *¿Conocéis a Isabel?* También las chicas se quedaron perplejas, como antes los adolescentes, y también una de ellas le preguntó: *¿Qué Isabel?* Tomás hizo un gesto negativo con la cabeza y continuó caminando, mientras las chicas se quedaban como desamparadas, sin saber a qué venía esa actitud tan extraña. La búsqueda se le empezaba a hacer penosa y confirmaba sus presagios durante el viaje: no podría encontrar a Isabel y, además, haría el ridículo preguntando por ella, como si no hubiera más Isabel que la suya en un pueblo que fácilmente podría tener más de quince mil habitantes. Según iba bordeando la plaza y mirando todas las caras de todas las mujeres jóvenes, tenía la sensación de que le flaqueaba el alma o algo interior que no era capaz de precisar; un profundo desamparo se había apoderado de él y ya no sabía qué era más estúpido, si seguir buscando y preguntando o volverse a su casa sin respuesta a sus inquietudes. Una especie de escozor de los sentidos le hacía sentirse incómodo, solo y despreciado, mirado y señalado por todos desde la oscuridad inmensa de su angustia, sin Isabel y sin saber si esta se acordaba siquiera de que él estaba en el mundo. Fue entonces cuando, al otro lado de la plaza, la figura inconfundible de su amada se recortó nítida entre las gentes, con el mismo vestido azul del día de la despedida. Caminaba sola, con su andar pausado y gracioso, derramando la esquisitez de su belleza ante sus ojos incrédulos. Tomás

vaciló un momento y luego se dirigió hacia ella, dispuesto a todo, a decirle cuánto la necesitaba y cómo la había echado de menos, a desgranarle toda su locura y ofrecérsela como ofrenda amorosa insustituible. Cuando estuvo a una distancia razonable de la chica, ralentizó el paso, con la intención de reflexionar un poco antes de abordarla y de contarle todo lo que tenía dentro desde el día en que se separaron. Isabel, ajena a su presencia, seguía su camino con la decisión de quien sabe bien adónde va, mientras su perseguidor percibía cada vez con más intensidad una debilidad que parecía darle voces desde dentro, aconsejándole que abandonara sus propósitos, anticipándole el fracaso de su aventura, percibido por él como algo inevitable. De pronto, Isabel se detuvo en medio de la calle, una vía estrecha y poco concurrida a la que habían llegado. Tomás se detuvo también, con el corazón acelerado y un temblor de piernas que casi le impidió reaccionar a tiempo. Sin embargo, antes de que ella se diera la vuelta, como si hubiera percibido que la estaban siguiendo, Tomás pudo ocultarse en una calle que se abría a la derecha, dispuesta allí por la casualidad para beneficio suyo. Desde su escondite vio a Isabel, que volvía sobre sus pasos, tal vez porque había olvidado hacer algo en el lugar del que venía cuando él la encontró, en la plaza. El susto acrecentó la inquietud de Tomás y subrayó su indecisión, pero sobre todo le dejó una cosa clara: no debía presentarse ante Isabel de esta manera loca, no podía ir tras ella y decirle: *He venido a tu pueblo a buscarte y a decirte que*

te quiero, no era aconsejable seguir adelante con la locura que le asaltó en su casa, ante el televisor encendido y el concurso absurdo, en medio del calor agostero. Debía seguir esperando la llamada de ella, como era su deseo, “¡si me llamas, sí, si me llamas!”; volver a su casa y esperar, sin forzar la situación, sin perder la esperanza. Por eso detuvo su persecución, vio cómo Isabel doblaba la esquina, al final de la calle, con sus movimientos seductores, con su vestido azul, con toda la belleza inquietante que a él le dolía muy dentro; luego se encaminó hacia su coche, para volver a su casa y esperar que ella le llamara: así lo había imaginado y lo había querido desde el principio; lo demás eran fantasías irrealizables, quimeras de la fiebre del amor.

Mayte González-Mozos

el poder de la noche y las canciones

...Cuando se fumaba en los locales.

Fue una noche que se prolongó demasiado. El invierno acababa de llegar a la Ciudad callada y mora para instalarse, como un animal cansado. Y el artificio del alcohol había empezando a suplantar la realidad. Iba en dirección a casa, antes de que Carmela llegara de su reciente trabajo extra, con el que aportará los ingresos que yo -aunque me jode reconocerlo- nunca he sido capaz de contribuir a la economía de nuestra pareja. Con lo mío... pues para mis vicios, y poco más. ¡Ah...! **Si yo fuera rico.**

Pero la Noche es caprichosa en decidir los destinos. Por eso últimamente suelo rehuirla. La supero en nuestra casa, digo... en casa de Carmela, en su compañía.

Aunque confieso que últimamente, cuando estamos juntos, viene a instalarse entre los dos **esa amante inoportuna que se llama soledad**. Y ésta, subraya la ausencia de mis hijos, y la no-existencia de los suyos.

Se desdibujaba la estrecha y húmeda calle cuando me encontré frente a él. El más genuino, vividor, canalla y afectuoso de todos los antiguos amigos, y no podía eludirlo. Gil.

-¡Cuánto tiempo sin encontrarnos! Esto hay que celebrarlo. Aquí mismo, en el bar de la plaza, donde tantas veces hemos comido, filosofado y los tres hemos fracasado en arreglar en mundo -dijo refiriéndose a nosotros dos y a Carmela. Y presentí que la Noche, al echar su red, me había atrapado.

Muchos años hacía que no pisaba aquel entrañable antro, y tuve la sensación de que fue allí donde me hice la promesa de que, aquella, sería mi última resaca. Ya en la Plaza, me volvió a sorprender esa fachada estrella; rematada por su espadaña u hornacina de otro tiempo, y la mezcla de estilos arquitectónicos destacando, como no, el arco con dovelas morunas. Tras empujar la pesada puerta del bar, el calor de la clientela multicultural y el tupido humo, nos dieron la bienvenida.

-Como en casa. -Comenté-. Y Gil con una sonrisa de satisfacción tarareó: **Barón, héroe de cuento, amo de las nubes señor del viento. Barón, barón rojo...** Después el protocolario descargue de tabaco (él, yo lo he dejado), móviles sobre la madera de la mesa, las *chupas*

en el perenne y vetusto perchero, y pedir al mismo dueño lo de siempre; lo que probablemente años atrás nos dejamos en la barra. Entonces comenzó el acecho mutuo. Él, más calvo y viejo. Yo **con la frente marchita** pensé: Quizá también yo... Entonces me confesó: **ya no cierro los bares ni hago tantos excesos.**

-¡Iguales! Dijo con un dedo hacia los dos teléfonos, que miraban cada uno a un punto cardinal. Y nos reímos tras comentar el obsequio por puntos de la misma compañía. La noche hizo de las suyas engulléndonos a zancadas. **Y nos dieron las diez...** Animados, nos quitamos la palabra de la boca con frecuencia. Era el mismo Gil. Pero en algún desfallecimiento de aquella noche, en ese hueco, que él como buen crápula llenó de humo, me pareció que su sonrisa, esa que nacía desde sus ojos, tenía algo de nuevo; una mueca discordante e incómoda a la que no di importancia, se le escapaba por la comisura izquierda de la boca. En resumen, que me conozco, hasta la hora de los abrazos y los adioses disfrutamos como cuando éramos más jóvenes.

Fui el primero en levantarme, antes de que nos consumiera dicha noche. Gil me imitó, no sin desgana. Él recogió un teléfono, mientras yo **estaba sintiendo el perfume embriagador** a tabaco que mi *chupa* había recuperado. Sólo en ese momento fui consciente de que la música se mezclaba en las conversaciones, había estado todo el tiempo presente. Esa es la buena música, la que ni la notas -me dije-. Sonaba lo que podía ser la banda sonora de mi vida.

Aún retumbaban en las húmedas piedras, alejándose, los pasos de mi amigo en dirección contraria a la mía, cuando me volvió a la tierra un raro sonido de móvil en mi bolsillo. Un poco *mosca* descolgué con urgencia la llamada. Y escuché la familiar voz de Carmela: "...éste cabrón me la ha vuelto a jugar. No ha llegado a casa, y ya te contaré como la ha dejado. No aguanto más a éste parásito..." Yo, inmóvil y confundido, intentaba articular alguna palabra. Balbuceé: Car... Car-me-la... ¿Carmela? "Sí. Gil, cariño. No te escucho bien... Estoy deseando que llegue mañana, quedamos a la misma hora. Hasta entonces. Un besazo". Alucinado miré el directorio. A los pies me bajó todo el *buen rollito*. Y en mis entrañas sopló un aire fresco, ya conocido.

La noche no calmó mi ansiedad. Me visualicé a mismo: patético. Con el móvil de Gil en la mano, entre las negras bocanadas con las que la noche muerde. En medio de ella, extrañamente **los sonidos del silencio** escuché. Tenía que tomar una decisión... No existía el trabajo extra de Carmela... Gil y ella... **Y yo con el móvil como un gilipoollas madre...**

Giré sobre mí mismo mirando las bocacalles en busca de una señal. **Las calles desiertas...** la **noche** no fue **ideal**. Parecía que el callejón se estrechara, aún más, acorralándome. ¿Qué hacer? El raro silencio seguía cayendo y contorsionaba la noche. ¿Llegar a casa y dejarlo pasar? O decirle: **tómame, o déjame, pero no me pidas que te crea más...** ¿Poner las cartas boca-arriba? Ella, parecía estar decidida a hacerlo... Joderrr... Mira que es

mi quinto o sexto fracaso de pareja... Y lo duro que me va a ser **volver al cajón sin su ropa**. Además, yo a solas **me enfado con las sombras que pueblan los pasillos**. Y retornar a la agria soledad que corroe... sin la ayuda de alguna droga para enmascararla. Trasnuchar, y huir para no hacerle frente... ¡Qué ciego hay que acabar la noche para que la frustración no te cale, e irte a casa solo!

Decididamente la Noche gusta de barajar los destinos. Y te arrastra hasta que exhalas vicio. Bien que me la conozco... Todo es efímero en su oscuridad.

¡Rediós! Qué tono le estoy dando a este rollo. Tengo que parar. Bien me has pescado, Noche cruel. Reconduciendo. A ver... ¿No he tenido yo también mis deslices otras veces? Mejor me tomo una copa. Como **los fugitivos...** que **cogen su maldición y se la beben**. Que ya se sabe que el alcohol crea la ilusión de desbaratar los problemas. Vuelvo al calorcito del Bar de la Plaza, donde estábamos. Que da gusto, con su ambiente tan majo. Y su clientela moderna y alternativa. Progre, di-ríamos entonces.

Y abandonándome a los poderes extraños de la noche, desanduve mis pasos con la intención de regar el alma. Una canción, de la que no quiero acordarme, sonaba en mi cabeza cuando regresé al Bar por las lóbregas calles de Toledo.

C



ÍNDICE	PÁG.
María José Vioque	5
Rafael J. Pascual	11
Lola López Díaz	21
M ^a Josefa Martín	26
Rosa Trujillo Nieto	31
Jesús Rubio	33
Rosa S. Orozco	36
Santiago Sastre	40
Jesús Morata	44
Enrique Galindo	57
Andrés J. Ortega	60
J. Luís Calvo	63
José Blázquez	65
Carlos Gegúndez López	68
Joaquín Carballido Parra	70
María Antonia Ricas	72
Joaquín Copeiro	74
Jesús Pino	86
Paco Morata	89
Juan Carlos Pantoja Rivero	91
Mayte González-Mozos	102



Copia digital realizada por el
Archivo Municipal de Toledo

PATROCINA

